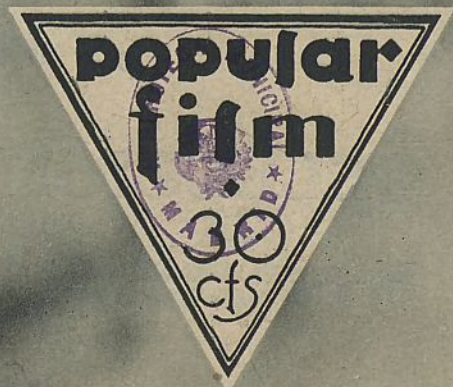


245



Madrid

Un film conmovedor

Lucha de razas, casta, clases y religión



La obra cumbre del mago de la lente

E. A. DUPONT

por Maxudian, Marie Glori y Henri Garat

SELECCIÓN GAUMONT DIAMANTE AZUL

Ayuntamiento de Madrid

— 99 —

Levantó la mano y llamó a la puerta. Primeramente
Bauer cedió a tan poderosa persuasión.
advertencia.
La dirección del arma indicó al suizo el sentido de la
verdad?
gente de dentro con un disparo. ¿Ahora comprende usted,
no se abre antes de un par de minutos, despertará a la
—El caso es que me incomoda esperar, y si la puerta
—Pero si no sé...
—¿Comprende?
—Es preciso probar. Llame... y oiga. Es necesario que
—No. Soy incapaz de ello.
—¿Comprende?
—Yo tampoco. ¿No adivina de qué modo se abre esta
puerta?
—No sé de qué modo.
—Llame de todos modos, y de un modo especial,
amigo.
—No nos oírán.
—Llame con la mano.
—No veo aldaba.
bala.
véa, por la dirección del cañón, a dónde irá a parar la
un revolver y el que podía considerarse como prisionero
modo amistoso, sino como una tenaza; la otra empuñaba
Una de ellas tenía cogido el brazo de Bauer, no de un
Estaban, en efecto, muy ocupadas.
Sí, aquí es. Llame, se lo ruego; no tengo libres las manos.
satisfecha al llegar frente a la casa de la vieja Hoff.
—Creo que ya estamos—dijo Rassendyll con expresión
parar aquella estocada.
Bauer estaba pasmado. Evidentemente no sabía cómo
remos lo que nos hace falta.
—Sí, allí vamos usted y yo. Espero que allí encontra-
—¿El número 19?
—Baldúcio:
to con el de Rodolfo.
sus nervios, y se estremeció su brazo que estaba en contac-
R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

Bauer, aun cuando sorprendido por aquel reto brusco, no perdió la serenidad.

—Cuando no se tiene casa, no queda otro recurso que pasear por las calles—respondió.

Había descrito minuciosamente al señor de Rassendyll el aspecto del criado, de modo que si Bauer le reconoció a él, por su parte Rodolfo no estaba menos bien informado.

—¡No tiene hogar!—exclamó Rassendyll con acento compasivo—. Muy triste es eso y no he de tolerarlo. Nadie debe estar sin cobijo haciendo esta borrasca. Venga conmigo; le daré albergue y cama por esta noche.

Bauer retrocedió. No adivinaba la intención de Rodolfo y miró la calle con intención de huir. Pero Rassendyll no le dió tiempo.

Pasó su brazo por debajo del de Bauer y le dijo, haciéndole atravesar la calle:

—Soy cristiano y quiero que tenga usted cama esta noche. Venga conmigo. El tiempo es malo para estar a la intemperie.

En Strelsau estaba prohibido llevar armas. Bauer no quería chocar con la policía. Además, como sólo espiaba, no creyó necesario ir armado.

No le quedó, pues, otro recurso que seguir a Rodolfo y ambos continuaron andando a lo largo de la Königs-trasse. Bauer no silbaba ya.

De pronto atravesaron la calle, aun cuando aquéllo maldita la gracia que le hacía a Bauer.

—Hay que venir conmigo, mocito—dijo Rassendyll riendo.

Se acercaban a la estación, donde la numeración de la calle empezaba.

Rodolfo empezó a examinar ventanas y tiendas.

—¿Qué obscuridad! ¿Puede usted distinguir el número 19?—preguntó al suizo.

Se acentuó su sonrisa. Había dado en el clavo. Bauer era un tunante redomado; pero no mandaba en absoluto

— 102 —

—No.
—¿Ni a mi madre?
—Y no dirá a nadie que he estado aquí.
—Sí, aquí estaré.
once y llamaré como lo ha hecho Bauer hace poco.
—Estando dispuesta a abrirme cuando vendré a las
—¿De qué modo?
no dejándolas al alcance de la mano de Rosa.
—¿Querá usted ganarlas?—inquirió él bromean-do y
mano.
—Sí, sí! ¡Démelas!—exclamó gozosa, tendiendo la
do mio.
—¡Buena! Agüjeree las monedas y llévelas en recuer-
—No, no quiero dinero, Majestad—murmuró Rosa.
Rodolfo se acercó a ella y sacó dos monedas de oro del
bolisillo.
—Mañana temprano, Majestad, entre siete y ocho.
—Y? cuándo le parece que volverá el de Hentzan?
—¿cuándo le parece que volverá el de Hentzan?
miendo.
Hablando así, expresaba Rodolfo su verdadero pensa-
—Hso es. Y a fe que lo siento.
—¿Y no se han encontrado, verdad, Señor?
mio.
—Ahora comprendo. Rischenheim le trata un mensa-je
mo había marchado.
heim se ha mostrado muy contrariado al saber que su pri-
llón de caza. Y ahora recuerdo que el conde de Rischen-
—¡Ah! Yo creo que esperaba encontrarle en el pabe-
—No. Acabo de llegar del castillo de Zenda.
—¿No lo ha visto?
pregunta.
preguntó Rodolfo, como quien no da importancia a lo que
—Y? a dónde ha ido a buscarme el conde Ruperto?
taba que el Rey supiera que tenía adoradores.
Rosa acogió esta broma con una sonrisa. No le disus-
? Bauer le confía los secretos de su dueño?
—Porque quería estar a solas con usted. Dígame:
A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

—Ni al conde de Rischenheim.

—A él menos que a nadie. Se trata de un asunto muy secreto y el conde de Rischenheim lo ignora.

—Haré cuanto Vuestra Majestad indica, pero...

—Qué.

—Hay un inconveniente.

—Veamos.

La joven miró al Rey como para grabar en su memoria sus facciones, suspiró y dijo luego con acento lánguido:

—Bauer lo sabe.

—Es verdad; pero haré como si no lo supiera. Ya me las compondré con él.

Después se dirigió hacia la puerta.

De pronto, la joven se inclinó, le cogió la mano y se la besó.

—Daría la vida por usted—murmuró.

—¡Pobre niña!—dijo él con acento cariñoso.

Creo que sentía aprovecharse de aquel amor ingenuo.

Antes de abrir la puerta, dijo:

—Si Bauer viene, acuérdesse de que no me ha dicho usted nada. Yo la he amenazado; pero usted no ha querido responderme.

—Dirá a los otros que ha estado Su Majestad aquí.

—Eso no podemos impedirlo; pero por lo menos, ignorarán a qué hora vendré. Buenas noches.

Rodolfo abrió la puerta y salió a la calle. Buscó con la mirada a Bauer; pero el bergante había desaparecido.

CAPÍTULO XI

LO QUE VIÓ LA MUJER DEL CANCELLER

La noche, propicia por su silencio, su soledad y sus tinieblas, terminaba. Muy pronto el alba llamaría la gente a la calle.

Antes de esa hora era preciso que Rodolfo Rassendyll,



Director técnico y Administrador: S. Torres Benet

Gerente: Jaime Olivet Vives

Director literario: Mateo Santos

Redacción y Administración: Paris, 134 y Villarroel, 186 - Teléfono 72513 - BARCELONA

Redactor jefe: Enrique Vidal

Director musical: Maestro G. Faura

23 DE ABRIL DE 1931

Delegado en Madrid: Luis Gómez Mesa

María de Molina, 92

CONCESIONARIO EXCLUSIVO PARA LA VENTA EN ESPAÑA Y AMERICA:

Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A. * Barbadá, 16, Barcelona : Ferraz, 21, Madrid : Primo de Rivera, 20, Irán
Plaza de Mirasol, 2, Valencia : San Pedro Mártir, 13, Sevilla

"Servicio de suscripciones": Librería Francesa - Rambla del Centro, 8 y 10, Barcelona

CINEMA Y TEATRO

III

En la acción—tono y gesto—la palabra es más idea que sentimiento (Maffei, *Del Teatro*, Venecia, 1763). Se había llegado al virtuosismo de reemplazar la palabra y el tono con la acción y la mímica. El actor Roscio «se ejercitaba en representar por la pantomima sola la misma frase, el mismo hecho que Cicerón declamaba».

Pero el teatro—repito—no quiere volverse cinematógrafo, aunque emplee las escenas múltiples, los *tapis roulants*, las escenas girantes y los ascensores de todo clase. Todos estos mecanismos han sido puestos siempre en el teatro al servicio de la Palabra y de la Música, para producir más rápidamente sus evocaciones.

La sugestividad de un cuento no reside solamente en las palabras, sino en la sinfonía de las evocaciones obtenidas por los diversos medios de expresión que componen la alegoría y que suscitan sensaciones, emociones y pensamientos. Estas se expresan verdaderamente sobre las huellas de las palabras, pero con cuadros plásticos de actitudes y de acentos, imágenes de sentidos que van más allá de las palabras.

Sonido y luz, divinidades del espacio, ocupan las dos las regiones de un reino común, con el poder y la gracia del ritmo sublime que es armonía del universo y latido del corazón cósmico. La danza, según el ritmo de Luciano, regulada por la vida matemática de los astros, es por derecho de primogenitura la divina intérprete a nuestros ojos de la unión rítmica del Sonido y de la Luz. Es la forma sensible de las dos efímeras deidades. La pantomima, su hermana, le sucede, potente hoy por las virtudes mágicas del mecanismo cinematográfico sonoro. Ella aspira, por el sonido, a escribir la sinfonía visual y musical de la vida de los humildes y de los héroes: cántico y visión de la vida de los animales, de las cosas y de los elementos. Poemas panteístas como jamás hubo.

Si vamos hacia la música volvemos a sus orígenes profundos, sin temer de perder en el camino el pretencioso telégrafo de las palabras. ¿Qué quieren saber decir éstas si los sentimientos más altos y los momentos más trágicos no las tienen en cuenta en aquellos grandes lugares y se expresan sólo con la música sublime? El orgullo de los hombres es susceptible y venenoso, pero el de los literatos supera al de Lucifer. Y no saben ellos que en los tiempos de hoy se tienen los oídos llenos de palabras y de palabras; no saben que la decadencia de la palabra está marcada por el carácter mismo de la sensibilidad del siglo, no sólo por la existencia del cinema mudo, sino también por su indiscutible éxito.

El cinema hablado no tendrá éxito y no podrá tenerlo, porque el cinema mudo ha enseñado a las gentes a sentir en uno lo que el hablado debe decir en diez.

El cinema debe temer, pues, al teatro y no al teatro al cinema.

Adquiriendo el movimiento por la multipli-

cación de los lugares escénicos, el teatro no tiene nada que temer, como no lo tuvo en el Medioevo y en el siglo XVII, su siglo de oro. En cambio la película sonora podría tener algo que temer de lo absurdo de su naturaleza propia: sombras que tienen garganta, siluetas que sacan una voz de la nada.

Pirandello observa que el cinema se encuentra en tan ridícula situación como el famoso y vanidoso pavo real de la fábula de Esopo, cuando adulado burlonamente por el zorro diabólico que alababa la belleza de sus plumas y la majestad de su porte, el pavo real abrió el pico para hacer oír su voz e hizo reír a todos.

REFLECTOR

Un producto nacional

El señorito es un producto netamente español, un producto híbrido que no sirve para la exportación. No lo solicita ningún país extranjero y, por otra parte, se averiaría al cambiar de clima.

Es una lástima que no tenga salida, porque con mucho gusto lo cederíamos de balde, sin tratados comerciales, secretos ni públicos, a cualquier nación. Ni Benito Mussolini, que tiene el talento de saber aprovecharlo todo, se quedaría con la más insignificante remesa. Porque el señorito usa camisa blanca, con la pechera almidonada y cuello de pajarita en las grandes solemnidades, y lo que al "duce" le conviene son "camisas negras".

La influencia del señoritismo se extiende hasta el cinema. El señorito, desde su butaca, determina casi siempre el éxito o el fracaso de un film. Como carece de sensibilidad y de cultura estética, rechaza las películas que suponen un hallazgo de técnica y las de sutiles matices emocionales—que escapan a la percepción visual y sentimental del señorito—, aplaudiendo, en cambio, esas ridículas cintas que interpretan el galán bonito y tonto—espejo en que gusta mirarse el señorito—y la vampiresa histérica y que finalizan con un beso que ocupa unos metros de celuloide. *Cursilona y sentimentalismo barato, de folletín.*

Los mejores films los malogra, apenas desflorados en la pantalla, el mal gusto y la cerrilidad del señorito espectador. Las obras de arte puro—"¡Aleluya!", "Romanza sentimental", "Bajo los techos de París", "El cruce-ro Potemkin", etc.—no le dicen nada, le hacen bostezar de aburrimiento.

Si fuese posible poner en práctica la terrible frase del doctor Telemacha, del drama de Andreiev, "¡Fuego contra las frentes deprimidas!", el cinema se adecentaría en las pantallas españolas. Aunque acaso bastara una fuerte reacción del público que asiste a los estrenos, contra la estulticia del señorito espectador.

MATEO SANTOS

Mientras estuvo callado, mientras era una muda sucesión de imágenes comprensible para todos mediante algunas breves indicaciones escritas y fácilmente traducibles en todas las lenguas, el cinematógrafo que había llegado a formar un vasto público habituado a la visión silenciosa era para el teatro un concurrente temible, una amenaza que sobre todo en los últimos tiempos había llegado a ser muy grave.

Ahora ya no es lo mismo. El teatro será mejor cuando *re-teatralizado* vuelva a sus fundamentos clásicos desnaturalizados hoy por los autores y por las críticas responsables de su deformación.

Yo no comparto los temores de los escritores en general cuando se pronuncian contra la renovación de los medios técnicos del teatro; para nosotros, gente de teatro, renovar no significa otra cosa que conservar la posición de antiguas propiedades. Creo que cuando la técnica escénica se renueve se renovará también la factura teatral. Esto es lo que repito desde hace algunos años, pues las técnicas nuevas determinan estéticas nuevas. Una nueva mecánica engendrará una nueva factura teatral, como el cemento armado ha dado origen a una nueva arquitectura, como el cinema sonoro empieza a determinar un arte nuevo diferente del cinema mudo. Una vez más la mecánica es la que inspira al arte.

Cuanto menos nueva sea la técnica del cinema sonoro—es decir cuanto más se acerque a la del teatro—menos interesante será su poética. Si el cinema sonoro hubiera sido lo que legítimamente se temía, hubiera sido fracaso estético. Pero también Pittaluga se ha pronunciado hace pocos días contra el diálogo prolongado y ha pasado una nota de instrucción que yo he puesto a la cabeza del escenario de mi película: «háganse dos frases cada vez y como máximo una tercera».

Y puesto que estamos en esto, confieso que persisto en creer que la película muda será todavía y siempre, como lo es, un género muy elevado, muy noble y perfectamente de acuerdo con nuestra sensibilidad.

* * *

Pero están volviendo sobre sus pasos. Están concertando algo tranquilamente y con aire desenvuelto, como si nada hubiera pasado. Se han equivocado. Los industriales lo han comprendido, y así todo va bien. Hasta ayer, nosotros, enemigos del 100 por 100, éramos oscurantistas. Hoy ya no lo somos.

Generalmente las experiencias de los demás en materia de arte no sirven gran cosa en el sentido de que los artistas prefiriendo seguir su instinto y formarse por la experiencia personal, difícilmente las tienen en cuenta. En cambio en el arte-industria del cinema, en donde se manifiesta la influencia del industrial, se ve que muchas veces la perspicacia del público y de los avisados comerciantes de la película, llega más lejos que la intuición de los artistas y les ganan la partida a estos últimos.

Se me excusará si al llegar a este punto hablo de mí, pero las polémicas suscitadas el año pasado por la película sonora—que parecía que iba a ser el *Atila flagelum Dei* de nuestro desgraciado teatro, relegado al asilo de los viejos—estas interminables polémicas han quedado sin conclusión, puesto que se dejaba como siempre a la sentencia de la posteridad. Pero las cosas modernas van con mucha rapidez, y sucede a veces que la posteridad es... nosotros mismos algunos meses más tarde. Con este preámbulo quiero hacerme perdonar los dos libros sobre película sonora que he publicado el año pasado.

Los dos son en favor del cinema sonoro y en contra del cinema hablado como fonógrafo y sucedáneo del teatro. Tenía, pues, razón.

En América del Sur, como en estos últimos días en Italia, con motivo de la presentación de la primera película de Pittaluga, el público se ha pronunciado contra la película que quisiera imitar al teatro y reemplazarlo. El público está bastante saturado del teatro en verso o en prosa. La primera «parlante» de Pittaluga ha sido realizada por un director de primer orden: Gennaro Righelli, a quien debemos dos o tres películas excelentes, entre las que se puede recordar «El presidente de Costa Nueva», película de moderno buen gusto. Righelli no es, pues, un director que tenía todavía que dar su medida, ni un director al que se le pudiera juzgar por «La canción del amor». Esta producción se encontró por otra parte en el público un favor excepcional. Lo que se explica por los elementos de éxito popular contenidos, por ser la primera cinta italiana del género realizada en Italia, y sobre todo, por lo patético del tema familiar con el niño, las madres, las amas de cría y otras cosas emocionantes. Éxito completo. Lo que para nosotros, tecnicómanos, ha constituido el mayor éxito es la perfección de los elementos técnicos, todos italianos. Se ha visto después la edición sintética del «Nerón», de

Petrolini, adaptada por Alejandro Blasetti, magnífica realización sonora de Cavazzuti y Lais, fotografía soberbia de Carlo Montuori. Se verá después la producción de Campogalliani, de Almirante y de Carlo Bragaglia, mi hermano. Aunque estas películas recuerdan el teatro, lo hacen en cierta medida. Es evidente que todas buscan el camino que les reintegrará al cinematógrafo y les alejará de la estúpida equivocación teatral en que ha caído el cinema en su más bello momento.

Si el cinema mudo sugiere los sentimientos y las palabras que las expresan, la música excita las visiones. Un día, con los maestros Cosavola y Luciani, pensaba en las exteriorizaciones visuales de la música (véase *Scultura vivente*, Edit. Eroica, Milán)—lo que Pirandello piensa hacer ahora con el cinema imaginando el «cinematógrafo»; pero son cosas que no me parecen ahora como un desarrollo, sino como limitaciones. Son servicios limitados que pueden dar el diálogo de la película muda y el espectáculo contenido en la música a las imaginaciones pobres que no sabrían obtener por sus propios recursos.

«En la obra de arte completa, la sinfonía sola no basta», escribía Suarés en la *Revue Musicale* (1.º diciembre 1921) representando la tendencia de los tiempos que en el teatro teatral encuentra sus desarrollos correspondientes. Habría que añadir voces y coros con una cierta sobriedad de gusto, las menos palabras posibles, un todo esencial, fecundo en resonancias y en ecos sugeridores.

La música aspira a esta forma suprema como a una liberación. Nueva forma de representación, nueva combinación de artes diversos: el mimo en la sinfonía y la voz humana como instrumento de orquesta; la voz humana, este latido pasional que en el momento trágico puede dar lo contrario de una melodía: un grito.

Para ciertos efectos, la película sonora, con lo hablado, podrá ser, pues, una obra artística. ¿Será grande? No sé. Cada vez—dice Nietzsche—que «por la rudeza ignorante y antimusical» de ciertas teorías «se encuentra realizada en los orígenes del melodrama la asociación de la música con la imagen y de la palabra» se produce el habitual fenómeno por el cual «el hombre artísticamente impotente se crea una forma de arte adecuada, precisamente porque es un ser antiartístico». «Como a él le es negado llegar hasta la visión, invoca la ayuda» de todos los accesorios. (*Orígenes de la Tragedia*.)

Como tentativa de película teatral se puede anunciar la de Brignone: un proceso enteramente hablado, con pocos cambios de escenas, casi sin música. Es completamente el anticinema. Esta película será, en suma, la reproducción mecánica de un género de teatro al margen ya del teatro mismo. El teatro policíaco que se hace en el extranjero y el teatro judicial que pertenecen en definitiva a un mismo género, no son ciertamente lo que se puede llamar teatro en ningún aspecto que se les considere. Así, este género de cinematógrafo puede ser una excepción—a mi parecer—si logra ganar al público, como lo ha logrado el teatro policíaco. De todas formas, la tentativa de Brignone es interesante. Entretanto puede parecer tanto feliz y temeraria como hábil y de efecto comercial. Es el caso de no hacer juicios precipitados, ni aun nosotros que estamos contra la película hablada. Para mí ésta no es cinema, y yo no me ocupo de ello. Pero puede ser buena para la taquilla y entonces, naturalmente, es un género inviolable. (Los gastos de un gran estudio sonoro son fabulosos.) A este propósito decía recientemente Francisco Ayala en la *Italia Letteraria*, que «si se pretende hacer arte en el cine hablado, se producirá necesariamente una colisión entre dos medios de expresión irreconciliables, imposibles de unificar: el lenguaje visual y la palabra y cuando un director tan paciente como hábil llegue a some-

terlos y a fusionarlos, no se obtendrá sino un resultado híbrido y no satisfactorio». «El cine hablado—continúa Ayala—es una truculenta mixtificación; pero es, sin embargo, capaz de atraer por sus condiciones de melodrama, de imitación directa de la realidad, la atención de la masa menos cultivada».

Es un juicio severo.

Lo que se debe comprender, de aquí que haya que ser indulgente, es la idea todavía dominante de la investigación.

Lo que no se quiere comprender todavía es que el cinema sonoro es un pequeño nuevo truco complicado por el que la cinematografía, digámoslo también, ha recaído por el momento en la infancia. Conviene dejarla crecer en paz. ¿Sufrir? No es nada. Será la dentición.

Los diletantes de la crítica, los que aturden a los demás, que son casi siempre artistas fracasados que tienen miedo de arriesgarse, de exponerse, lanzan apreciaciones a tontas y a locas y parten de la comparación entre la producción italiana—recién nacida sin dote—con la producción americana, nacida bien vestida. No quieren comprender que es una enorme injusticia, digamos la palabra, una verdadera estupidez, pretender ciertas cosas de los que trabajan en las condiciones actuales. Pues por maravillosa que sea la instalación de Pittaluga, sin hablar del material accesorio que aporta tan felices innovaciones en una realización, esto no es todo, esto no basta. Yo quiero hablar, por el contrario, del material humano que quiere ser italiano y que no se encuentra en esta abundancia que sería necesaria. ¿Con quién, pues, la quieren tomar los críticos? Son verdaderos inconscientes, por no decir otra cosa, si pretenden comparar lo que se ha hecho en Italia con lo que se puede hacer en América.

ANTÓN GIULIO BRAGAGLIA

“MADAME X”

Es el apósito femenino extra-absorbente.

Su precio es siempre el mismo.

Véndese en todas partes



Caja de 12 apósitos
Pesetas 3'50

Caja de 3 apósitos
Pesetas 0'95

De interés para los que recortan los cupones de nuestro suplemento

Habiéndonos remitido algunos lectores los cupones correspondientes a la novela **EL PRISIONERO DE ZENDA** publicada en el suplemento de **POPULAR FILM**, advertimos a todos que hasta la terminación de la segunda parte de dicha obra, titulada **RUPERTO DE HENTZAU**, no deben enviarnos ningún cupón, ya que las tapas servirán para encuadernar las dos novelas, que formarán un bonito tomo.

De otro modo se exponen los lectores que desean recibir como regalo las mentadas tapas a que a la terminación de la obra no tengan los cupones completos, si bien conservamos los que hemos recibido hasta ahora para no causarles este perjuicio a los impacientes que se han adelantado.

NOTAS BERLINESAS

Y a ha pasado la «tormenta» de entusiasmos por Charles Chaplin. «Lichte der Groesstadt», sigue proyectándose en el grandioso cine Ufa-Palast am Zoo, con entradas regulares. No fiándome de las críticas ni de las apreciaciones de mis conocidos, fui yo mismo, hace ocho días, a ver la cinta. Yo ruego a mis lectores no me juzguen como un sacrilego si confieso con toda sinceridad que la tan cacareada película del genial Charles Chaplin me ha desilusionado amargamente. Tan amargamente, que al día siguiente fui a ver por quinta vez una película suya, anterior, «El circo». Y, aun cuando inferior a «La quimera del oro», «El circo» la juzgo yo superior a «Luces de la ciudad». Tres detalles importantes, tragicómicos, giran en torno a la cinta, tres detalles que, a mi entender, deberían haberse desarrollado de distinto modo: la genialidad del gran Chaplin podía haberlo hecho—con menos extensión en las escenas correspondientes y mejor intercalados en la línea general. Siendo el argumento de este film conocido de todo el mundo, huelga su descripción. La parodia o burla del film parlante, al empezar el film, con el discurso de inauguración de la lápida, es de un acierto colosal, por su atrevimiento. En cambio, la aparición de Chaplin en la base de la estatua, detalle de acertada comicidad, pierde todo su valor por el abuso del metraje y las repeticiones de sus «charlotadas». La idea del silbato que se traga Chaplin, no ha sido desarrollada como hubiera debido serlo, de suerte que no alcanza la eficacia que era de esperar. Lo del millonario borracho está bien, pero tampoco ha sido aprovechado como puede y debe exigirse de Charles Chaplin. Y el final, acertadísimo, no corre parejas con el resto del film en su desarrollo.

En suma, que sin pretender decir que «Luces de la ciudad» sea una película mala—¿y cómo pretenderlo, siendo de Chaplin?—afirmo con toda sinceridad que su presentación ha desilusionado. La prueba es que va a desaparecer del Ufa-Palast am Zoo muy en breve, con lo que se habrá mantenido de tres a cuatro semanas. Cuando las grandes cintas, por lo general, suelen darse en dicho cine durante dos a tres meses por lo menos.

Si no se hubiera hecho un reclamo tan exagerado, «Luces de la ciudad» hubiera obtenido mejor acogida, esto es, el éxito que suele obtener «una buena película».

La producción en Alemania atraviesa una crisis espantosa. La mayoría de los talleres tomavistas están vacíos. Directores, actores, decoradores, ayudantes, operarios de escena, electricistas, peluqueros, sastres, personal de ayuda, en fin, todo este núcleo inmenso de artesanos del séptimo arte yacen cruzados de brazos, mirando con espanto hacia el porvenir. No hay dinero para producir. No hay trabajo. No hay pan. Ciérranse los cines, los unos por falta de público; los otros, estrangulados por los impuestos. Y nadie puede prever el final de esta crisis.

La única entidad que trabaja es la Ufa. Bien es verdad que es la mayor de Alemania, y la única que tiene dinero, gracias también a los numerosos cines que posee, no sólo en Berlín, sino en todas las principales capitales alemanas. No hay que olvidar tampoco el buen acierto de sus producciones.

«Su Majestad ordena» está obteniendo un éxito loco. Siete de sus cines en Berlín la proyectan ahora a diario, con llenos continuos. En provincias ocurre lo propio. «Su Majestad ordena» ha sido un triunfo para la excelente y preciosa Käte von Nagy y para el galán joven Willy Fritsch. El público ríe a carcajadas los buenos aciertos de esta opereta cinematográfica.

Otro éxito lo ha constituido el estreno de la cinta de la Ufa, «El falso marido», cuyo protagonista es Johannes Riemann. Muy gracioso el asunto y muy bien desarrollado, en particular en sus detalles grotescos.

La película detectivesca perteneciente al grupo de producción de la Ufa Bloch-Rabino-

vich, «Servicio secreto», acaba de terminarse bajo la dirección de Gustav Ucicky. En ella toman parte Brigitte Helm y Willy Fritsch, como protagonistas. Las últimas tomas de vistas, para las que se necesitan nieblas, han sido realizadas en Gjedser (frontera de Dinamarca), lugar en donde la niebla es un elemento a la orden del día y... de la noche. Los informes que de esta cinta se tienen son excelentes.

También «Diligencias judiciales» ha sido terminada. Esta cinta pertenece a la producción Ufa de Erich Pommer, y la ha dirigido Robert Siodmak. Los tres principales intérpretes son: Charlotte Ander, Albert Bassermann y Gustav Fröhlich. El reparto es de lo mejor.

Se espera con curiosidad el estreno de la película detectivescomisteriosa, también de la Ufa, «El rápido 13 lleva retraso», perteneciente a la producción Alfred Zeisler, y que él mismo ha dirigido.

Las tomas de vistas de la cinta «El gruñón» («Das Ekel»), producción Ufa, de Bruno Duda, se hallan muy adelantadas. El protagonista está a cargo del celebrado actor cómico alemán Max Adalbert, el creador de la comedia en la escena, del mismo título.

¿Influirá el nuevo film de Charlot en el porvenir de los films parlantes?

En «Las luces de la ciudad» Charlot logra variados efectos por medio de los sonidos y de la música. - Algunos profetas cinematográficos predicen una avalancha de películas no dialogadas, como resultado del último film de Charlot.

CHARLIE CHAPLIN ha dedicado más de dos años a la producción de sus «Luces de la ciudad», que no tiene diálogo alguno, y que creen muchos es presagio de muchas películas más realizadas a base de mucha acción, sincronizadas con música y efectos sonoros. En ella invirtió Charlot un millón y medio de dólares de su propio bolsillo. Esto constituye su réplica a los films parlantes y representa la firme actitud del gran cómico en favor de las películas a base de pantomima. Entre los que han visto «Las luces de la ciudad», dondequiera que se haya proyectado, es general la opinión de que no se ha equivocado Charlot al mantenerse fiel a los films no hablados. Se dice que nunca hasta ahora había producido una comedia tan bien lograda. «Las luces de la ciudad» ocupa la pantalla cosa de hora y media, durante su proyección. El asunto puede calificarse de pantomima romántica, con toques de gran sentimentalismo. Es una idea original de Chaplin, llevada por él mismo a la pantalla. Ha sido también él quien ha dirigido la película.

La acción de «Las luces de la ciudad» tiene lugar en cualquier gran ciudad. El argumento no tiene nada de artificioso, y su mejor cualidad es su simplicidad. Los personajes son muy humanos, tales como podemos encontrar en la vida real, en el curso ordinario y cotidiano de la misma. Estos personajes son principalmente tres. Pero no se trata del eterno triángulo, sino de un vagabundo, una florista ciega y un millonario muy excéntrico. Hay otros personajes, sí, pero su intervención en la película es puramente incidental. En este caso se hallan la abuela de la joven, el criado del millonario y un boxeador.

En «Las luces de la ciudad» aparece una cara nueva, la de Virginia Cherrill, la gentil

Otras cintas se hallan en preparación, para algunas de las cuales han salido ya los principales intérpretes para Niza y otros lugares, para las tomas de vistas de exteriores.

Recientemente hablaba yo en mi crónica sobre los gustos depravados, no precisamente de los productores, sino del público en general, en todo lo que a sensaciones se refiere.

Y en este momento acabo de leer una noticia oficial, procedente de Los Angeles, que muestra el espíritu americano en este punto.

El rey de los asesinos y ladrones de Chicago, Al Capone, acaba de ser contratado para actuar como protagonista en una cinta basada en los bajos fondos americanos, que lleva por título «Cara de cicatrices». Para la organización de esta producción, el poderoso financiero cinematográfico Howard Hughes ha contratado a W. B. Burnett. El reclamo para esta cinta promete ser de lo más sensacional.

Después de lo del pobre negro arrojado fríamente en pasto a los leones en el film «Los misterios de Africa», nada hay ya que extrañar de los americanos. El asesino Al Capone se verá muy en breve alternando con lo mejorcito de la alta sociedad americana.

¡¡ Viva la degeneración !!

ARMAND GUERRA

Berlín, 8 abril de 1931.

florista. Esta es la primera actuación de este artista ante la cámara, y seguramente será un paso importante de su carrera. Entró en la cinematografía procedente de la buena sociedad, y a pesar de la difícil caracterización que le fué confiada, la ha desempeñado admirablemente. Virginia Cherrill es una rubia natural con bellos ojos azules. Harry Myers, que no es por cierto un novicio en la cinematografía, interpreta el papel de millonario excéntrico. Hace años que Myers trabaja para la pantalla en papeles importantes; ha sido, inclusive, estrella de algunas películas. En ésta realiza su mejor caracterización como el principal enemigo de Charlie Chaplin. Florence Lee es la abuela de la florista; Allan García, que apareció en «El circo», es el criado del millonario, y Hank Mann encarna al boxeador que lucha con Charlot. Chaplin interpreta el papel de vagabundo, habiendo cambiado muy poco su habitual caracterización, ostentando su clásica indumentaria casi siempre. Un número considerable de extras participaron en la filmación de «Las luces de la ciudad» para dar la ilusión de la vida real a la ciudad en que se desarrolla toda su acción, ciudad construida por entero dentro del recinto de los vastos estudios de Charlot en Hollywood. Para ello se aprovechó hasta un palmo de terreno, y se requirieron los servicios de cientos de técnicos de todas clases para conseguir un perfecto realismo. Una de las obras más importantes fué la construcción de un río artificial con su canalización correspondiente. La masa líquida cubría una superficie de cinco «acres», y la obra costó en junto 15.000 dólares, coste muy pequeño, si se le compara con el de la construcción de dos calles del barrio comercial de la imaginaria ciudad que se elevó casi a cien mil dólares.

En su nuevo film, Charlot efectúa su debut como músico. Casi toda la sincronización musical de «Las luces de la ciudad» se efectuó con música compuesta por el genial artista. Dedicó éste varios meses a esta fase de su actividad productora, pues, aunque es poco conocido, es un excelente pianista, organista, violinista, violoncellista y arpista. En la dirección musical de la película colaboró con Charlot Arthur Jonhston, de la Irving Berlin Company.

Chaplin hizo impresionar, para sus «Luces de la ciudad», 800.000 pies de película, de los que sólo aprovechó poco más del 1 por 100.

DEPILATORIO PERLINA

Novedad científica. Exento de olor desagradable. Exquisitamente perfumado.

BLASCO-BARCELONA

POTE 3 PTJ. SOBRE 0'50 PTJ.

¿Se pueden hacer
películas sonoras y habladas en España?

Vea hoy en

FANTASIO



EL EMBRUJO DE SEVILLA

y se convencerá de que este film,
impresionado en España, dirigido
por

Benito Perojo

el primer animador español, e
interpretado por

María d'Albaicín

**María F. Ladrón de
Guevara**

Rafael Rivelles

y **María Luz Callejo**

supera a las mejores producciones
extranjeras.

Producción

JULIO-CÉSAR

Distribución S. A. G. E.

Dice UNAMUNO:

"Jamás se ha hablado del alma española
con tanta novedad y profundidad".

Miguel de Unamuno

PLANOS DE MADRID

Pequeño titubeo

ESCRIBIMOS estas líneas con un poco de duda. ¿Debemos o no tratar otro tema que el nacional? O sea el político: la proclamación de la segunda República Española: 14 de abril de 1931.

Pues es el caso que hasta en los cines constituye ese asunto la actualidad.

Primeramente, en ese día memorable se interrumpen las proyecciones para que grupos de ciudadanos comuniquen al público la sensacional noticia del cambio de régimen.

Luego, aparecieron en todas las pantallas fielmente reflejadas—aunque sin su color, sin su pintoresquismo, privadas de su simpatía y bullicio—las innumerables manifestaciones callejeras de júbilo y fraternidad.

Y el señor Alcalá Zamora, Presidente del Gobierno provisional de la República, pronunció unas palabras para los Noticiarios, lo que significa que habló de su programa de justicia y libertad para el mundo entero.

Quede bien destacada la intervención del cinema en la anotación verídica de los renovadores momentos históricos que vivimos.

Una gran sesión

Lo fué, sin duda, la correspondiente al turno 20 del Cineclub.

Se exhibió una curiosa Antología del dibujo animado, compuesto de cuatro films.

«El capitán Borrachón», antigua e ingenua. Y con unas aleluyas bastante graciosas de puro tontas.

«Félix, conservado en lata», divertidísima aventura del gato famoso en su excursión al Canadá para cazar salmones.

«Kokó, campeón». De la serie rotulada «El tintero mágico», por Max Fleischer.

Y «Sinfonía submarina», maravilla de ingenio y estilización. De la colección sonora de Ub Iwerks («Sinfonías grotescas»).

A su conclusión, el novelista y humorista de éxitos auténticos, Samuel Ros, disertó acerca de ese triunfante género pelicularo.

Y, entre muchas observaciones de interés y originales puntos de vista, dijo: que los films de dibujos animados lograrán su perfección, cuando alcancen la angustia de pensamiento que hoy les falta, esto es: cuando un neumático y una bota se casen y comprendan su trágico destino de cosas condenadas a rodar siempre...

Tanto por sus frases como por su fina ironía, la actuación de Samuel Ros obtuvo unánimes aplausos.

La parte fuerte del programa corrió a cargo de «La línea general», cinta soviética del célebre director Sergio M. Eisenstein.

Y más que un carácter comercial, de miradas a la colocación del cartelito en las taquillas corrientes de «No hay billetes», posee un valor de obra de propaganda, o sea: de cinema educativo y cultural.

Es magnífica de realización. En riqueza de planos y ángulos. Y en limpieza de fotografía.

Quizá por la insistencia de su propósito reclamista pese algo en ciertos pasajes. Pero sus paisajes, su ambiente agrícola, de campo de espigas que agitadas por el viento semejan el oleaje del mar, la elevan a la categoría de película maestra, digna hermana de «El acorazado Potemkin», la consolidadora del prestigio creador de Eisenstein.

Leve y breve

Sucede que la mayoría de los fotógrafos madrileños, porque conocen con discreción su oficio, se creen ya capacitadísimos para dirigir películas y discutir cuantos aspectos abarca este difícil cometido. Y, claro, el consejo es inmediato: ¡Señores, al objetivo!

El Real Cinema ya no se llamará así, sino Radical Cinema. Y el Príncipe Alfonso también variará de nombre.

Según informes de última hora, Charlot no se alojará—si es que se decide a visitarnos—en el palacio del duque de Alba.

Se desmiente que Maurice Chevalier venga a cantar a nuestros cabarets.

Asegúrase seria y formalmente que pronto se comenzará la construcción de muy modernos estudios para la edición de bandas habladas y sonoras. Nos congratularía se confirmase el rumor.

Estrenos

Frecuentes y de excelente calidad. Y para lo avanzado de la temporada, inmejorables. Véanse diversos títulos:

Nada

De películas españolas en proyecto o en curso de impresión: nada.

Absolutamente nada.

Y nuestra opinión es que ello obedece a que se espera el resultado del Congreso Hispanoamericano de Cinematografía.

¡Ojalá éste sea de efectividad, como es nuestro sincero deseo!

EL ÚLTIMO

Al cine a las nueve de la mañana

A propósito del estreno en París de la película «Dos mundos» escribe José Luis Salado, el corresponsal de «Mundo Gráfico» en la bella Lutetia.

Yo no soy amigo de hacer colas. Para mí, el hombre en cola, paciente y resignado es el más absurdo que hay.

Pero se daba el caso de que M. A. Dupont, el mago de la lente es uno de los hombres a quienes considero con mayor talento dentro de la cinematografía mundial, y sus obras me interesan de una manera extraordinaria. Es el hombre que de un asunto tan manido como la vida del circo ha sabido hacer salir un «Varieté». De algo tan resobado como la vida del teatro y las tragedias de entre bastidores «Moulin Rouge». ¿Qué no habrá hecho este hombre dentro de un tema que se presta a tan formidables realizaciones como es la lucha de castas, clase y religiones?

Luego los comentarios de toda la prensa francesa, cantando alabanzas sin tasa y asegurando que se trataba de la mejor obra de

Dupont me tenían intranquilo. La verdad, estaba rabiando de curiosidad por ver este monumento de la pantalla europea que se titula «Dos mundos».

Y cada vez que me llegaba a las puertas del suntuoso salón Olympia me ocurría lo propio: una cola interminable daba la vuelta a la manzana. En el cartelón del programa decía: sesiones desde las nueve hasta las veintidós.

Después de intentar ir a las sesiones de las dos, las cuatro, las seis de la tarde, etc., con resultado infructuoso—la cola seguía siempre lo mismo—me decidí a levantarme un día a las nueve de la mañana, como un buen francés. Absurdo, ¿verdad?

Absurdo porque uno se ha llevado a París la convicción muy madrileña de que lo único sensato que a las nueve de la mañana puede hacerse en la «Ville Lumière» es acostarse. Pero no es esto solo: lo peor del caso es que para entrar en el Olympia he tenido que madrugar tres mañanas seguidas.

¿Justifica la película de Dupont el heroísmo del madrugón?

A mí me parece que una buena película justifica todos los sacrificios y «Les deux mondes», que así se titula la banda de M. A. Dupont, es una buena película...

¿Le gusta al público de París?—concluye el articulista.

Mucho. Por lo menos va a verla en masa.

¿Y la crítica que ha dicho?

Que es una película magnífica, muy europea y muy artística, digna de ser considerada como la obra maestra del mago Dupont, a pesar de cuanto este eminente animador nos ha ofrecido hasta la fecha.

RADIOGRAMAS

Los cines de Siria

Como un caso curioso de la popularidad que en todas partes van adquiriendo los aparatos para la proyección de films sonoros que salen de las fábricas Gaumont, merece citarse el hecho de que los principales cinematógrafos de Siria están equipados con aparatos de dicha marca.

El Gran Teatro de Beirut acaba de adquirir un «Ideal Sonoro». Este es el segundo aparato instalado en la mencionada ciudad durante el presente mes, además de los colocados en las poblaciones de Damas y Alep.

Un éxito de realización

La Gaumont Franco Film Aubert, se han asegurado los derechos de distribución de «La ciudad cantante», la bellísima cinta editada por Vandal y Delac.

En virtud de la excelente realización efectuada en los estudios de G. F. F. A., esta película ha obtenido un éxito como no se recuerda otro igual en Rumanía. Han sido batidos todos los records de recaudación conocidos hasta la fecha en Bucarest. Fué proyectada, simultáneamente, en los dos principales cinemas de la ciudad.

Lector: Creemos que debemos saludar con regocijo a la segunda República Española. Porque es de esperar, que dentro de este régimen, será permitida la proyección de films de avanzada, de películas soviéticas, que estaban prohibidas por los censores y mentores de la caída monarquía. Al cine también han de alcanzar los beneficios del régimen democrático.

Correo femenino

La mujer en el hogar

EN los tiempos heroicos del feminismo norteamericano, una sufragista ne-yorquina le preguntó a un europeo nacionalizado en el país, si votaría en favor del derecho electoral de la mujer.

El interrogado, hombre de agradable presencia y no vulgar cultura, respondió con exquisita cortesía:

No, señora. En nuestro país es costumbre que las mujeres estén bajo la autoridad de los hombres. Aquí, en los Estados Unidos, no ha variado para nosotros esta costumbre. Yo mantengo a mi mujer, que no ha de trabajar por salario, y nada tiene que hacer ni decir fuera de casa.

El europeo iba a la sazón acompañado de su cuñada, recién venida al país y desconocedora aún del idioma inglés. La sufragista le rogó al caballero que, oficiando de intérprete, le preguntara a su cuñada qué opinaba acerca de la intervención legal de la mujer en los asuntos de interés colectivo; pero él repuso vivamente:

—Señora, me es imposible preguntárselo, porque ni aun pensar le está permitido sin permiso de su esposo.

A pesar de la universal fama que de país libre gozan los Estados Unidos, donde a toda mujer se le da el galante y lisonjero título de «reina», hay todavía muchísimas esposas cuyos maridos las tratan exactamente según el criterio del caballero europeo. Con demasiada frecuencia oímos decir a las casadas que no se atreven a hacer esto o lo otro, ir allá o acullá, comprar tal o cual cosa, sin consultar con el marido, pues no saben lo que pensaría, diría o haría, sobre el particular, y si es cuestión de dinero, suelen no pocos maridos tratar a sus mujeres como criadas y aun como mendigas.

Nada hay tan irritante como el marido que «mantiene» a su mujer, siendo así que, en las clases media y proletaria, puede afirmarse que la mujer «mantiene» al marido, pues trabajan tanto o más que él, en más penosas condiciones y doble número de horas; pero como su trabajo no se estima en dinero, parece improductivo, y aunque es tan importante como el del marido, no se le atribuye valor económico.

Si no diera grima, movería a risa oír hablar a un marido de que mantiene a una mujer que durante años enteros no ha podido pasar una noche tranquila ni un día sin cuidados y ansiedades desde el nacimiento de su primer hijo. Observad lo que hace el marido que mantiene a su mujer. Después de cenar se pone a leer tranquilamente el periódico o el libro de su predilección, mientras la esposa, que ya lleva doce o catorce horas de trabajo, todavía ha de trajar remendando y zurciendo las ropas de los chiquillos, llevarlos a la cama, y ultimar las mil menudencias domésticas del día hasta caer rendida de sueño.

Aquel marido, que se figura ser el único miembro de la sociedad conyugal, el único que allega recursos de vida al hogar, se limita a trabajar ocho horas diarias, almuerza con sus compañeros en una botillería cercana a la casa en donde está ocupado, pasa la prima noche en el casino y disfruta al menos de quince días de vacaciones, mientras que su mujer apenas tiene variación alguna en la monótona aridez de su vida.

Cuando el marido termina en el taller, la fábrica, el almacén u oficina el trabajo del día, echa la llave a sus cuidados, ansiedades y preocupaciones; pero la mujer no se puede quitar de encima las suyas desde que se levanta hasta que se acuesta. Nunca sabe a

qué hora terminará su cotidiana labor, y en tanto los hijos son pequeños, no puede decir si pasará o no la noche tranquila. Sin embargo, en los negocios domésticos ella es para el marido el socio «duhmente» de la sociedad conyugal.

Tiempo atrás falleció sin testar un rico hacendado, cuyos cercanos parientes pretendieron arrebatarse a la viuda la legítima tercera parte de los bienes que por derecho le correspondían, alegando con argucias de mala fe, la ilegalidad del matrimonio, y que por lo tanto, no tenía ella derecho a la herencia del difunto. El juez que entendía en el pleito, compadecióse de la pobre viuda a quien tan arteramente querían despojar de lo suyo, y le dijo que formulara una cuenta de los servicios prestados en vida al fallecido, pues si no la reconocían los parientes por legítima esposa, no tendrían más remedio que reconocerla por criada y acreedora por consecuencia a razonable salario. El tribunal admitió su reclamación y embargó todos los bienes del difunto hacendado para pagar la cuenta.

Tal es la manera en que los maridos «mantienen» a millares de diligentes esposas. No les dan ni la cuarta parte de lo que darían a una vulgar criada por los servicios prestados durante toda una vida.

Para teñir en casa

La operación del teñido exige diversos procedimientos, pues sin ellos no resultaría perfecta, ni mucho menos. No basta con disolver el tinte deseado y empapar con él la pieza que por evaporación del disolvente quede depositado: es necesario que lo verifique con uniformidad y de una manera permanente.

Los colorantes necesitan en primer término, un líquido que los disuelva y a cuya acción puedan someterse las piezas destinadas a ser teñidas sin peligro de que se alteren; pero como hay muchos tejidos que no se tiñen en forma permanente, sino que basta un simple lavado para arrastrar el colorante, con lo cual quedan de pésimo aspecto, se ha buscado el modo de fijarlo, y para ello se impregnan previamente en soluciones de un cuerpo fijador de modo que formando parte integral su masa resista frotos y lavados. Estos cuerpos reciben el nombre de mordientes. El más corriente y aplicable en todos los casos es el alumbre cristalizado o sulfato aluminico potásico, de cuya sal toma el colorante la cantidad que le conviene; el exceso permanece intacto sin perjudicar al tejido, que se somete a lavados posteriores que lo eliminan completamente.

El procedimiento general para teñir en casa, es como sigue:

Lávese con jabón la pieza destinada a teñirse, a fin de desengrasarla por completo, enjuagándola después abundantemente. Disuélvase 20 gr. de mordiente en 5 litros de agua caliente, donde se sumerge el tejido todavía húmedo, y se hervirá en él por espacio de cinco minutos. Quítase la pieza del líquido; añádase a éste 2 litros de agua y 5 gramos de colorante; disuélvase por agitación y sumérjase de nuevo la pieza en el conjunto. Hiérvase hasta que se obtenga el tono deseado, y después se deja enfriar y se escurre; se lava abundantemente más tarde, con agua, primero, y después con jabón, y, finalmente se enjuaga y seca a la sombra. Procúrese siempre que los baños recubran a las piezas completamente.

Para teñir guantes, utilízanse iguales ingredientes; pero se aplican alternando las capas de mordiente y colorante disueltas en agua y aplicadas con un pincel.

Esta
nueva
faja

Warner's



permite reducir el talle
de 4 a 9 centímetros

ESTA nueva faja Warner's, última creación de los más afamados modelistas americanos, ha sido combinada especialmente para la nueva silueta llamada «Princesa». Tiene el talle graduable por medio de cordones imperceptibles y va provista de un nuevo sistema de emballenado que permite reducir eficazmente, sin molestar. Las partes de tricot elástico de los costados moldean las caderas, proporcionando una esbelta silueta. Como todas las prendas Warner's, lleva en el interior la marca que la garantiza.

Miles de señoras elegantes
llevan una prenda Warner's

¿Y usted no?

El modelo representado lleva el Número 344. Existen numerosos modelos, desde 25 hasta 80 pesetas.

Principales puntos de venta:

Barcelona: El Siglo, Sección Corsés (2.º piso).
Corsé Americano, Boquería, 25.
Corsé Higiénico, Lauria, 49.
Corsetería Imperio, Fernando, 31.
La Conda, Puerta de Ferrisa, 28.
París-Corsés, Salmerón, 21.

Madrid: El Paraíso, C. San Jerónimo, 4

GRATIS

recibirá el interesante librito
ilustrado "ESBELTEZ",
con la indicación del
vendedor local, man-
dando este cupón
en sobre abierto,
franqueado
con 5 cént.

A. BLOCH - Rambla Catalina, 11. - Barcelona
Deseo recibir GRATIS el librito "ESBELTEZ"
Nombre
Dirección
Ciudad
Prov.

LA PELÍCULA HABLADA DE HACE DIEZ Y SIETE AÑOS

La película hablada de hace muchos años, los primeros esfuerzos en el terreno del cine sonoro, fueron el tema de discusión en una reciente entrevista con Harry Beaumont, quien tantas veces dirigiera a Joan Crawford en sus famosas producciones habladas.

Beaumont, un individuo delgado, nervioso, al borde apenas de la edad madura, con su cabello de rubio bermejo y una fisonomía extraordinariamente expresiva, rememoraba los días en que había trabajado en las primeras películas parlantes, hechas hace diez y siete años en los antiguos estudios de Edison.

«La primera vez que me vi cerca de una cámara cinematográfica fué cuando representé en una de aquellas primeras producciones sonoras», musitaba Beaumont. «Por entonces trabajaba yo en el teatro, cantando y bailando, cuando un individuo de los estudios de Edison pasó cierta noche tras de bastidores y preguntó a un grupo de nosotros si queríamos representar un número para ellos. Decidimos arreglar una representación de los antiguos ministriles o trovadores. Yo terminaba el acto, pintado todo de coreño, figurando ser un viejo empleado negro en la cosecha de algodón; y recuerdo que canté una de las canciones más en boga por aquel tiempo.»

«¿Cómo imprimían las películas sonoras en aquellos días?», pregunté a Beaumont.

«El procedimiento era de lo más primitivo», replicó él. «Nos fotografiaban a los actores primero. Luego, pasaban la cinta en la pantalla y cantábamos procurando seguir el movimiento de nuestros labios en la pantalla.»

«¿Hacían uso del micrófono por aquel entonces?»

«Oh, no, absolutamente! Cantábamos delante de una gran bocina colocada en un rincón del estudio. Esta bocina se conectaba de algún modo con un artefacto para imprimir discos de fonógrafo. En el teatro colocaban el fonógrafo detrás de la pantalla y se procuraba que marchara el disco al mismo tiempo que se corría la cinta. Era terrible. Un día me vi cantando en la pantalla... y ahí se terminó para siempre mi carrera de actor. Decidí

que había uno de exceso entre los malos actores de Nueva York.

«Entonces sentí la ambición de convertirme en autor y comencé a escribir historietas. No deben haber sido gran cosa, porque jamás logré vender una sola; pero cuando estaba a punto de abandonar mis fantasías literarias, me llamaron de los estudios de Edison para que trabajara con ellos como actor y escritor. Pareció que allí agradaban mis historias, porque pusieron en escena más de cincuenta de ellas. Por último, me pidieron que dirigiera una película.

«No puedo acordarme del nombre de esa producción, pero sí recuerdo que Mary Fuller era la estrella. No tuve el valor suficiente para dirigir mis historietas originales, así es que elegí otra cualquiera. Era una película

militar. Nombraron como ayudante mío al teniente Prince, que cucumbió más tarde en la guerra. El primer día no se me ocurría nada que hacer, y Prince sugirió que organizáramos un desfile militar, en que haríamos tomar parte a la guarnición entera. Así fué cómo en la primera escena que dirigí en mi vida tuve más de cinco mil hombres frente a la cámara... ¡Ya puede usted imaginarse mi susto!

«Después de esta película recuerdo que fuimos a Centroamérica a filmar una historia de revolución. Mary Fuller fué también la heroína en esta producción, con Edward Earl en el papel de primer actor. Earl continúa todavía trabajando en el cinema.»

Harry Beaumont, por su parte, ha seguido brillantemente el progreso de la película hablada, dirigiendo, entre muchas otras, producciones tan importantes y aplaudidas como «Broadway Melody», «Blushing Brides», «Dance, Fools, Dance» y «The Torch Song», las tres últimas con Joan Crawford de estrella.

CARMEN DE PINILLOS

ALREDEDOR DE "SEVILLA DE MIS AMORES"

SEVILLA DE MIS AMORES", la última producción en español que la Metro-Goldwyn-Mayer ha editado, es la primera película hablada y cantada en español por Ramón Novarro y representa el más alto esfuerzo que una compañía productora extranjera puede realizar en aras de la producción española.

Si nos detenemos un momento a estudiar cómo deben realizarse las películas que el mercado español está reclamando, veremos en primer lugar que con el advenimiento del cine parlante hemos perdido en España, por lo menos en muchísimo tiempo, toda probabilidad de producción vernácula. Unos estudios capacitados para realizar películas realmente comerciales, representan el producto de costosas instalaciones y, sobre todo, la práctica de una vieja experiencia valorada por una extensa y antigua producción. Inútil es decir que todo esto ni existe en España ni puede improvisarse.

Pueden, desde luego, realizarse películas en idioma español en estudios extranjeros, y en la propia Europa existen otros estudios organizados para producir estas películas que el mercado de lengua hispana reclama.

Sin embargo, el criterio de Metro-Goldwyn-Mayer ha sido de producir sus películas españolas aprovechando la práctica, la experiencia y los formidables elementos de que dispone en América. De esta manera la producción sería tan perfecta y rica como toda la que hasta aquí ha venido realizando, y no tendría, sin embargo, un espíritu más extranjero que el que pudiera informar una película cualquiera realizada en París, en Berlín o en Londres.

Pero para infiltrar a sus películas un carácter netamente español, M.-G.-M. empezó por contratar lo más notable y acreditado de nuestros artistas, llevándolos a Hollywood y constituyendo una verdadera colonia española.

En «Sevilla de mis amores», M.-G.-M. ha hecho más que una producción hablada en español. Ha hecho una película de ambiente neta y castizamente español. El intento era difícil, pero ha triunfado espléndidamente. La visión que nos da de Sevilla es tan perfecta como la que podría darnos cualquier película vernácula. En cuanto a las escenas del Madrid de 1880, reviven una época de manera tan real y típica, que podría decirse arrancadas de un cuadro costumbrista de la época. La casa de huéspedes para artistas de ópera, la iglesia madrileña y, sobre todo, las escenas que presenta del Teatro Real en una función regia, tienen el sabor de las cosas vividas, y es todo un documento de la época de la Regencia, maravillosamente descrito y prodigiosamente llevadas a escena.

Unase a esto una interpretación amorosamente cuidada de Ramón Novarro, que a pesar de su calidad de mejicano obtiene de su interpretación del Juan de Dios, protagonista

de la obra, un andalucismo tan real y una simpatía tan española, que sobrepasa en realidad a muchos de sus «partenaires» realmente españoles de nacimiento.

Pero el verdadero triunfo de Novarro, por encima de la espectacularidad de su interpretación realmente prodigiosa en que se nos presenta como un actor de gran temple y un cantante de ópera muy estimable, consiste más bien en esa tarea anónima para las multitudes, que representa la dirección de un film.

En «Sevilla de mis amores», película hablada, cantada y dirigida por Ramón Novarro, es aún más estimable la dirección impecable asumida por este muchacho que ha sabido lograr una comedia dramática llena de emoción pura y una amenidad y exactitud que para sí quisieran muchas de las películas realizadas bajo este maravilloso cielo español.

Mano distinguida y bonita
se obtiene usando esmalte para las uñas

May-Wel

Perla, Ptas. 2'25, y Rosa, 1'25

VENTA EN PERFUMERÍAS

¿Quiére Vd. ser morena?

Use
afrik

May-Wel

Frasco, 5 Ptas.

VENTA EN PERFUMERÍAS

CREMA

May-Wel N.º 48

Única en el mundo para cutis anémicos, las picaduras de viruela y otros defectos de la piel.

VENTA EN PERFUMERÍAS

Muestras y pedidos, J. OLIVER - Cortes, 569

CUPÓN NUM. 7

Ruperto de Hentzau

Nombre del lector

Domicilio

Dirección

Estos cupones se canjearán por otro definitivo a la terminación de la novela *El prisionero de Zenda* y de la segunda parte titulada *Ruperto de Hentzau*, de la Editorial Iberia, que dará derecho a unas artísticas tapas.

PEPE SANTPERE...

*rinde homenaje a la cinematografía americana es-
trenando en el*

GRAN TEATRO ESPAÑOL

una adaptación catalana de la gran película Fox

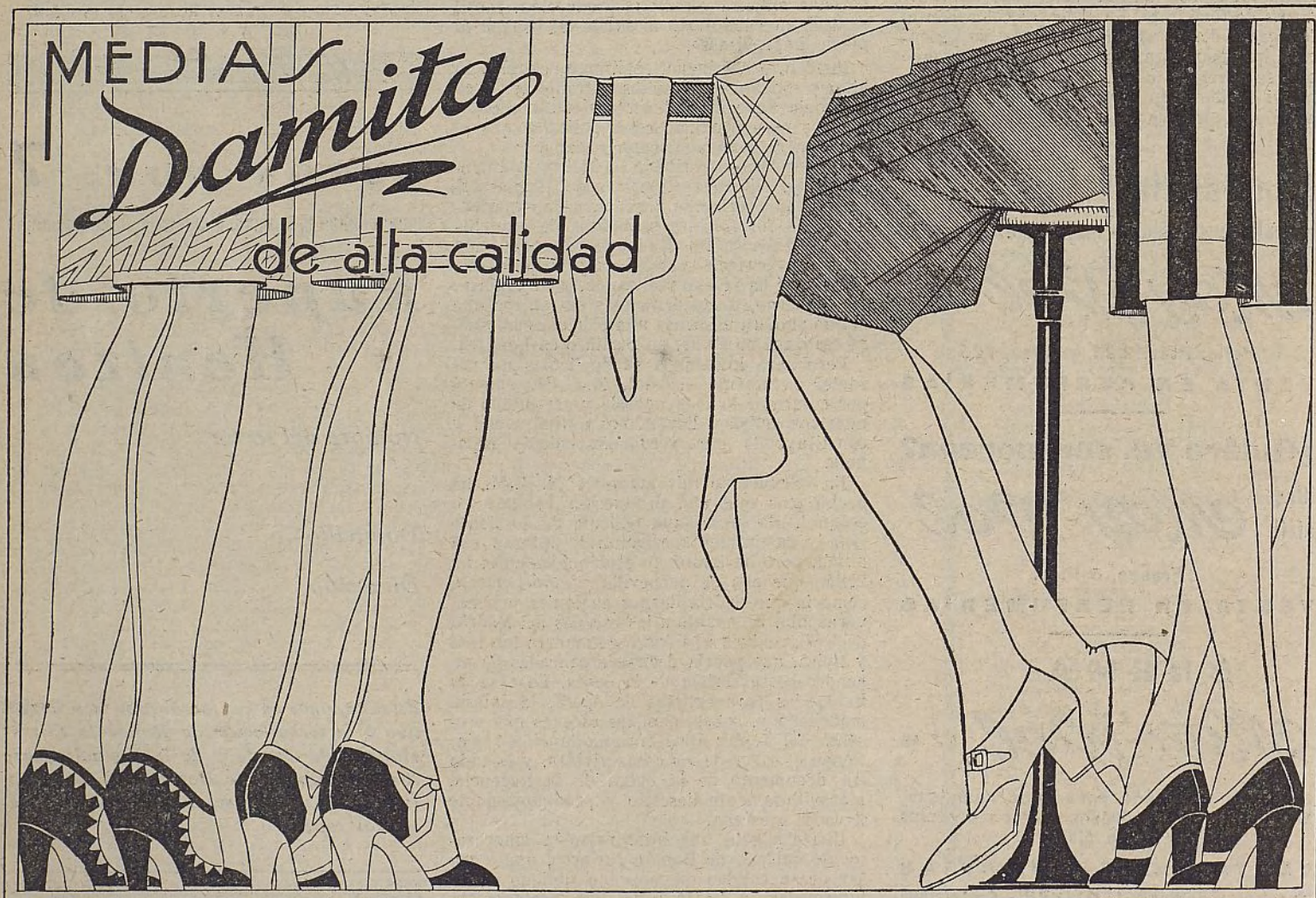
DEL MISMO BARRO

con el título de

DEL MATEIX FANG

Tres actos - Siete cuadros

ESTRENO, MAÑANA VIERNES, DÍA 24



• popular film •

1

MUSEO DE BELLEZAS



Helen Twelvetrees

Estrella de la Radio Pictures.

Ayuntamiento de Madrid

UN FILM DE ARTE: "LILIOM"

UN escritor de fama ha dicho esta frase que encierra una honda filosofía: «Las mujeres deben ser amadas, pero nunca deben ser comprendidas».

Frank Molnar, al llevar a cabo su gran producción «Liliom», que ha recorrido triunfalmente todas las escenas del mundo, puso en la psicología de este personaje toda la filosofía que encierra la frase anterior. «Li-

liom» es esto: un hombre que ama a la mujer, así, en abstracto, y que no quiere profundizar en ella; que juega con el amor, siempre dejándose arrastrar por él, pero manteniéndose en la superficie, sin darse cuenta que para hallar perlas hay que ahondar en las simas profundas de las almas. Y el día que se apercibe de ello es ya tarde...

A grandes rasgos es esta la síntesis psicológica del personaje con el que Frank Molnar, el célebre escritor aus-



OROCREMA

JABON DE ALMENDRAS

¡Tantas fórmulas de belleza que usted habrá leído y aun probado, y tan fácil y a mano como tiene una, sencilla, económica e infalible!

El uso constante en el baño y en el tocador, propio y de los suyos, del famoso jabón

OROCREMA

de pasta de almendras, glicerina y aceite de coco.

¡No olvide que se imita!



LOS PERFUMES DE TASARA
ALFONSO XII, 11

BADALONA

triacó, hizo un intenso drama disfrazado de farsa.

Al adaptarlo a la pantalla «Liliom» ha podido presentarse con toda la mágica fantasía con que lo ideó su autor.

La acción real, que se desarrolla normalmente entre gentes que viven y sienten, pasa, con la muerte de Liliom, a convertirse en algo irreal, alegórico, que se desenvuelve en el país misterioso del más allá, después de un viaje a través de las nubes hasta el reino de la fantasía en el que Liliom aprende a conocer el sentido verdadero de la vida y en donde encuentra luz para el misterio más complejo de la humanidad.

«Liliom» es una película que no atraerá por el nombre de su protagonista, o por el de su director, o por el de su tema; «Liliom» triunfará porque tiene en sí reunidas todas las cualidades necesarias para su triunfo. Tiene el tema, sugestivo y original como pocos de los que se presentan en la pantalla, avalorado con el nombre de su autor, Frank Molnar; tiene como director a Frank Borzage, el mago, el único, que por dos veces ha ganado medalla de oro por sus producciones insuperables; tiene como protagonista a Charles Farrell. ¡Charles Farrell! ¿Qué actor podía desempeñar mejor que él a «Liliom» el hombre amado por todas las mujeres, el conquistador eterno de la eterna femina, que él que ha sido encumbrado al trono de la pantalla por cientos de miles de votos femeninos, el ídolo de todas las muchachas soñadoras?

«Liliom» es la obra cumbre de Charles Farrell, es el role que mejor encaja a su temperamento, a su personalidad; en el que ha desplegado todo su talento artístico y en el que alcanza el mejor triunfo de su carrera artística.

El amador frívolo, orgulloso, pendenciero, que desafía al mundo con su aire «nonchalante», cae en las redes del amor puro, del amor bueno que lima asperezas, endereza voluntades, apacigua iras, endulza los crueles mazazos del destino y hace de la vida un

bello paraíso. La mujer que realiza el milagro es «Julia», una muchacha humilde, tímida, para la que nada significan las maldades de «Liliom», puesto que le ama con el amor ciego de las almas nobles que todo lo perdona y todo lo olvida.

«Julia» tiene una intérprete perfecta, dulce e ingenua, apasionada y sencilla, en Rosa Hobart, actriz neoyorquina que hace su debut en la pantalla con este simpático role en el que alcanza momentos sublimes de expresión y de intenso dramatismo.

Estelle Taylor encarna a «Madame Muskat», la perversa, la mujer pasión, la mujer sirena, la que pone su belleza sensual y cálida al servicio de la maldad de sus instintos, la que quiere labrar, envidiosa de su dicha,

la desgracia, de «Julia». Estelle Taylor, da vida real y palpitante a este personaje de difícil interpretación, encontrando en todo momento el gesto justo y adecuado, sin sobrepasar la difícil línea de la sobriedad, ni llegar nunca a torpes exageraciones de expresión. Es la perfecta sirena que atrae con el encanto de su carne y con la perversidad de sus instintos, sin necesidad de grandes esfuerzos ni de teatralidades extremadas.

(Continúa en Pantallas)





Imperio Argentina
es la revelación
más sensacional
del cinema hablan-
do en español.

La foto de arriba
nos la muestra son-
riente, segura de
su éxito, camino
de Joinville, donde
se ha impresionado
"Su noche de bo-
das", que es, a su
vez, su gran crea-
ción.

GP

Es, en ocasiones, el burlón más terrible del estudio.

Posee también la gentileza del poeta y el sentimiento de la belleza apacible.

Tiene fama en Hollywood de ser el más moderno de los modernos.

Es, además, aficionado y conocedor profesional de antigüedades.

Entre esta cantidad de cosas opuestas, ¿cuál es el verdadero Haines? ¡He aquí uno de los enigmas de la ultra enigmática capital del cinema!

La verdad es que William Haines tiene un poco de todo esto. Y es así, por necesidad, en defensa propia, para cubrir con puños vigorosos su otra mejilla.

Y ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo habría podido, sino, un joven de temperamento artístico, a quien fascina la hermosura serena de la arquitectura de otras épocas, alcanzar la consagración de estrella en el Hollywood de nuestros días? La lucha por la vida en el cine es la más despiadada de todas, en la ciudad más despiadada de un país despiadado... Y es así necesariamente. Una necesidad que se origina en la necesidad... cada cual sobreviviéndose a la otra... La supervivencia del más idóneo.

Con todo, si una estrella del cinema, como Haines, fuera simplemente hombre de corteza dura, y nada más, la falta de otras cualidades le habría llevado irremisiblemente al fracaso.

Recordemos, por ejemplo, los cla-

William Haines a través del microscopio del psicólogo

moreos y protestas que levantaron sus primeras películas..., cuando era nada más que un bufón..., cuando representaba roles inadecuados que no hacían valer sus plenas potencialidades, roles en que no entraban simpatía ni comprensión humanas..., películas en que nadie podía vistir las penalidades que había arrojado..., en que nadie podía

figurarse que en la vida real era un ser capaz de sentir y de expresar la emoción.

Esto es lo que el público desea ver expresado en el cinema: emociones que despierten la simpatía y la comprensión. Nada de sermones heroicos ni máximas morales. Nada de conmiseración ni quejas. Nada de poner los puntos sobre las íes.

Nos agrada ver sencillamente lo que sucede a alguien y la manera en que este alguien se maneja en determinada situación.

Así es como se han impuesto todos los triunfadores de la pantalla.

Greta Garbo... Joan Crawford... Norma Shearer.

Ramón Novarro... William Haines.

No es cuestión de caracterización magistral; es cuestión de sentir y de saberlo expresar. Sentir como todos deseáramos sentir... experimentar la emoción que realmente necesitamos... casi desesperadamente en ocasiones.

Haines tiene ese don de la emoción. Y lo posee tan íntimamente, que ni siquiera un comienzo inadecuado pudo restarle triunfos posteriores.

Hay escudos de toda clase. Todo el mundo se ve precisado a usarlos. Los necesita. No hay excepciones. Pero esas corazas afectan diferente forma. Algunas personas se encierran en la reserva y la cautela, a fuer de escudo protector; otras son austeras; otras, cínicas. Hay mil maneras.

Haines ha elegido la más placentera, la menos ofensiva en realidad. Punza, pero no mata. Divierte. Levanta los ánimos. Nos hace reír.

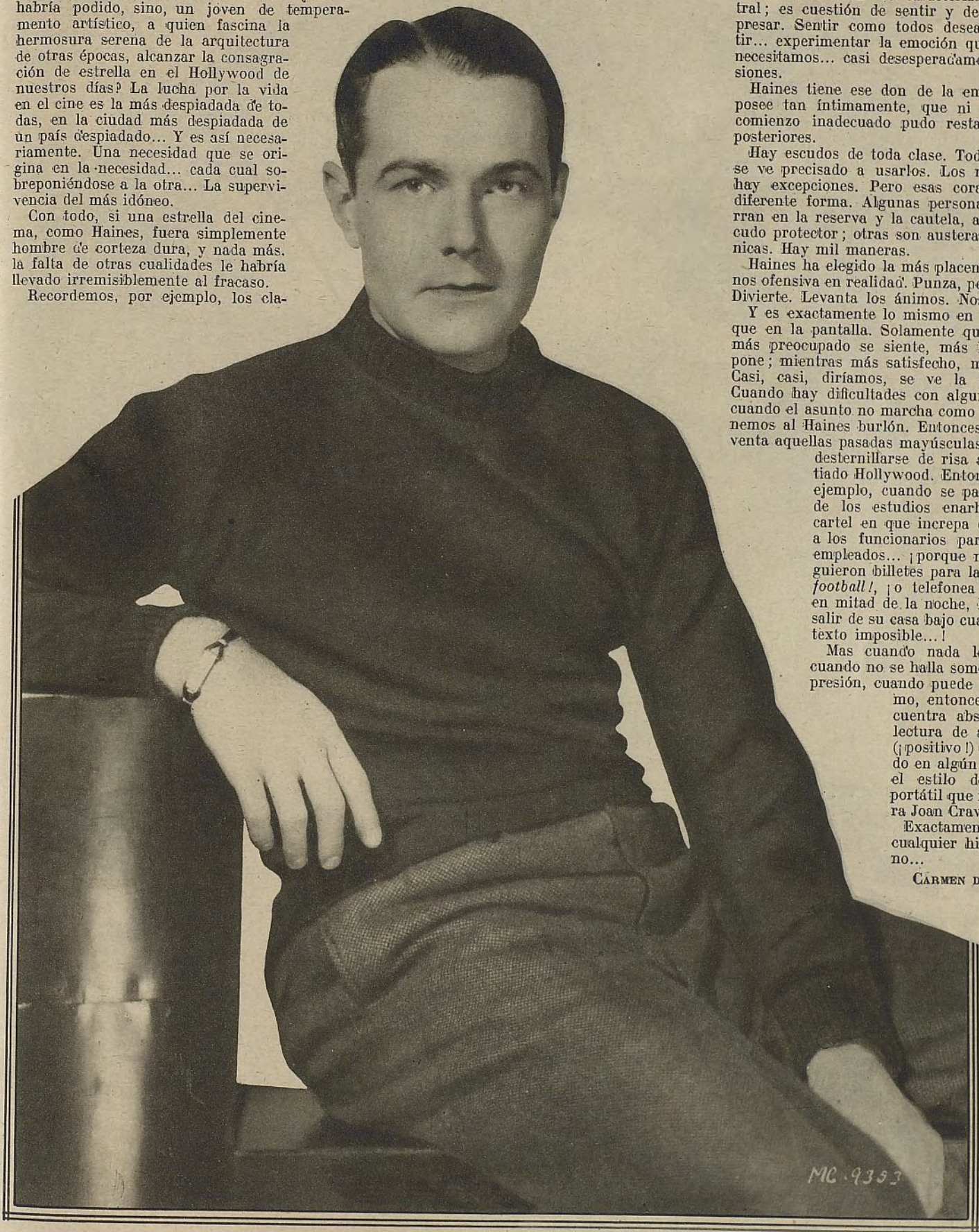
Y es exactamente lo mismo en la vida real que en la pantalla. Solamente que, mientras más preocupado se siente, más bromista se pone; mientras más satisfecho, más pacífico. Casi, casi, diríamos, se ve la cosa venir. Cuando hay dificultades con alguna historia, cuando el asunto no marcha como debiera, tenemos al Haines burlón. Entonces es que inventa aquellas pasadas mayúsculas que hacen desternillarse de risa aun al hastiado Hollywood. Entonces es, por ejemplo, cuando se pasea delante de los estudios enarbolando un cartel en que increpa de crueldad a los funcionarios para con sus empleados... ¡porque no le consiguieron billetes para la partida de football!, ¡o telefona a la gente en mitad de la noche, haciéndolos salir de su casa bajo cualquier pretexto imposible...!

Mas cuando nada le inquieta, cuando no se halla sometido a alta presión, cuando puede ser él mismo,

entonces se le encuentra absorto en la lectura de algún libro (¡positivo!) o trabajando en algún diseño por el estilo del tocador portátil que inventó para Joan Crawford.

Exactamente como cualquier hijo de vecino...

CARMEN DE PINILLOS



MC.9353

ESPAÑOLAS EN LA PANTALLA

ESPAÑA se impone—y triunfa—en Hollywood. Cada día resulta menos raro oír en los cafés, en los restaurantes, en los teatros, en la calle, oír hablar el idioma cervantino.

Es al cinema a quien España—que tan poco ha hecho por él—le debe esta preponderancia de lo español en Hollywood. Al cinema yanqui y a su lengua propia. Porque sin un

idioma tan rico y extendido, nuestro país significaría muy poca cosa en California.

Pero el hecho concreto es que España tiene aquí mucha más importancia que cualquier nación europea, sin exceptuar a Rusia y Alemania—esta, sobre todo—que tanto influ-

yen, con su tecnicismo, en la cinematografía norteamericana.

Continuamente estoy encontrando caras conocidas. Algunas tan bonitas como la de María Fernanda Ladrón de Guevara y María Luz Callejo. Dos Marías, lector, que le hacen a uno

tipo agitanado, su destreza en la interpretación de las danzas españolas de la más rancia solera. Yo he visto bailar varias veces, en reuniones privadas a Conchita Montenegro y os aseguro que tiene la gracia de Pastora Imperio y la maestría de la Argentinista. Ha sido Conchita, en

ningún número de baile. Creo, sin embargo, que la Metro - Goldwyn - Mayer aprovechará pronto esta cualidad excelente de Conchita Montenegro.

María Fernanda Ladrón de Guevara hace muy poco tiempo aún que llegó a Hollywood. Creo que su trabajo en la pantalla será una agradable sorpresa. De lo que estoy seguro es que su belleza ha impresionado a este Hollywood,



Conchita Montenegro, la heroína de "Sevilla de mis amores", es una gran amazona.



La HERNIA y la JUVENTUD

No renuncie a los placeres de la vida de sociedad. Su hernia no le molestará ni le amargará la existencia si la lleva usted protegida por nuestro perfecto aparato "HERNIUS" tan cómodo que no se siente, y tan ligero (no llega a 200 gramos) que prácticamente no pesa. Nada hemos de cobrarle por la consulta que le servirá para librarse para siempre de las molestias y peligros de su dolencia, mediante el empleo del salvador "HERNIUS" que construiremos expreso para la clase de hernia que usted padece. Le regalaremos el interesante tratado "GUÍA DEL HERNIADO". Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7. Festivos de 10 a 1.

Gabinete Ortopédico "HERNIUS"
(Salvación del Herniado)

Aragón, 277, entlo. 2.ª; - Teléfono 76856
(frente Apeadero Paseo Gracia) - BARCELONA

sentirse orgulloso de ser español.

A estas bellas mujeres de nuestra patria, quiero dedicarlas hoy mi crónica. Es la ofrenda—insignificante, pero hecha con el máximo fervor—de un español a algunas mujeres guapas de su tierra.

Voy a empezar por Conchita Montenegro. Sin otra preferencia que la de ser una de las primeras invasoras hispanas en la pantalla yanqui. Otra preferencia sería poco galante para las otras. Y para mí, ahora, en esta ciudad, todas son iguales, aunque no sean parejos sus méritos, muy difíciles de apreciar todavía.

Conchita representa lo castizo español. Le da derecho a ello, derecho indiscutible, su donaire, su

esos momentos, la que más me ha recordado y hecho sentir a nuestra España.

¡Qué garbo, qué fuego pone Conchita en la interpretación de nuestros bailes clásicos! Es el alma de Andalucía, la que ondula y vibra en su cuerpo de finas líneas de Tanagra, la que se asoma a sus ojos chispeantes, la que enrojece su boca grande, de trazo sensual.

Conchita no ha tenido aún ocasión de lucir en la pantalla sus habilidades coreográficas. En «Sevilla de mis amores» pudo hacerlo, pero el personaje cuya interpretación se le asignó—el de más relieve, después del de Ramón Novarro—había quedado desfigurado psicológicamente. Y por esto, con muy buen sentido, no se le ofreció

es dulce y diáfano: María Luz.

Las ingenuas yanquis donde abundan las mujeres bonitas. Pero en cuanto a hermosura, María Fernanda tiene aquí pocas que le igualen y ninguna —hay que decirlo con claridad, rotundamente—que le aventaje.

Yo, al verla pasar, le digo a los yanquis que me acompañan:

—Ahí tenéis la más bella embajadora femenina de mi España. No puedo enorgullecerme de que nuestro cinema se pueda equiparar al vuestro; pero el mujerío de mi patria, en dulzura, en belleza, en feminidad, en virtudes femeninas, no tiene nada que envidiarle al vuestro ni al de ninguna nación del mundo.

María Fernanda: yo te proclamo, emocionado y rendido, Nuestra Señora de la Belleza.

¿Y María Luz Callejo?

Menuda, fina, flexible, bonita, de encantadora ingenuidad. Hasta el nombre —Mary Briand, Jean Arthur, Anita Page, Janet Gaynor— se hermanan con ella. Nada les tiene que envidiar, como no sea su celebridad. Yo espero que también en esta las iguale pronto.

María Luz, linda y fragante: eres otra auténtica embajadora de la mujer española. Como Conchita Montenegro y como María Fernanda Ladrón de Guevara.

JUAN DE ESPAÑA

Hollywood-abril-1931.

Bromas y veras

Astronomía cinematográfica

—¿Quién es ese caballero tan distinguido, de cabellos grises y sonrisa agradable? — pregunté a Tony d'Algy en el «set».

—Es San Martín.

—¿El de «Sed de amar»?

—Sí. Acaba de llegar de España y hace uno de los principales «roles» en «Lo mejor es reír».

—¿Es cierto que fué él quien contrató a Imperio Argentina?

—Ciertísimo.

—¿La conocía ya?

—Voy a explicarte: Carlos San Martín hace tres años se hallaba en Londres, y un día fué a visitarle su mejor amigo para que le hiciera la traducción de una carta que acababa de recibir de España, con varias fotografías. Eran éstas de Imperio Argentina. «¿Qué te parece la muchacha?» —le dijo después de leerla—. Y él contestó: «Admirable».

Desde entonces, aquella figura graciosa quedó grabada en la mente de San Martín. Pasaron los meses; tuvo que abandonar Inglaterra para atender unos negocios; viajó mu-

cho, y por fin, al cabo de tres años, pudo verse, de nuevo, en España, satisfecho de su «tournée» y en plan de descanso. Pero una extraña preocupación, una inquietud terrible, le dominaba. Todo su recuerdo, inevitablemente, lo dedicaba a un nombre que por estar escrito con la simpatía, ni el tiempo pudo borrar de su memoria; a un nombre de mujer, cuyas letras parecían estrellitas de ilusión, iluminando su camino: Imperio Argentina.

Se anunció el estreno de «La Hermana San Sulpicio». En el reparto pudo ver, con alegría que ella hacía de protagonista, y asistió a la representación, sintiéndose casi feliz. Le gustó mucho. Más tarde, tuvo la suerte de aplaudirla y estrechar su mano en el Principal Palace, de Barcelona, donde actuaba como estrella de la canción. Se encontraron todos los días, simpatizaron y se hicieron muy buenos amigos, hasta que la suerte, para separarlos, llevó a cada uno de ellos por diferente sendero...

Carlos San Martín fué nombrado por la Paramount su representante en



María Fernanda Ladrón de Guevara.



María Luz Callejo

legiala traviesa y ruborosa—le dijeron.

Así fué. En seguida comenzó a buscar a Imperio Argentina por toda España. La encontró en Barcelona, impresionando unos discos para «La Voz de su Amo», y puso en sus manos un espléndido contrato, que ella supo aceptar. La protagonista de «La Hermana San Sulpicio» filmó en Joinville «Su noche de bodas», magnífica obra que realiza Louis Mercanton, y San Martín, satisfecho y orgulloso de su

triunfo, continuó en Madrid al frente de la oficina. Y ahora viene lo interesante. Le has visto, ¿verdad?... Caballero distinguido, de cabellos grises y sonrisa agradable. Pues aunque parezca mentira, trabaja con ella en «Lo mejor es reír», producción admirable de E. W. Emo, y hace el papel de marido.

—Admirable.

—Es la vida, amigo mío... Vivimos en una sorpresa constante.

España, y con motivo de rodarse un gran film, le encargaron de la contratación de artistas. «Necesitamos una mujer bonita, que parezca llena de ingenuidad, como una co-



Bajo la experta dirección de Howard Hawks, han interpretado este film, artistas de tan alta categoría como Richard Barthelmes, Douglas Fairbanks Jr. y Neil Hamilton.



Los grandes films de la temporada

La Cíneas va a presentar en uno de sus grandes salones de estreno un film de guerra, de la First National.



Se titula

La escuadrilla del amanecer

lo que ya indica que la emoción dramática del combate se intensifica y flota en el espacio.

REALIZADORES DEL CINEMA

E. W. EMO

ESTE célebre director acababa de rodar las últimas escenas del interesante film, «Lo mejor es reír», y rápidamente atravesó los jardines, con dirección a la calle, donde le esperaba un automóvil que había de llevarle a París. Corrí tras él y, antes de llegar a la puerta pude detenerle:

—Desde hace diez años.
—Entonces... ¿qué hacía antes?
—Comedias y adaptaciones; también fui operador.

rácter y en el modo de interpretar sus papeles, a los alemanes.

—¿Puede decirme algo de Imperio Argentina?

—¡Oh!, que tiene muchísimo talento y magníficas condiciones para triunfar definitivamente en su carrera. Esto lo demostrará



—Un momento, señor Emo. ¿Quiere usted...?

—Perdone—me dijo—, tengo que estar en la Place Pigalle, dentro de media hora...

—Se trata, de...

—Bien, pues acompañeme usted y charlaremos por el camino.

Minutos después, nos alejamos de Joinville a toda marcha...

—¿Desde cuándo se dedica usted a la cinematografía?

—¿Su primer film?

—«Flitterwochen» («Luna de miel»).

—¿Cuántos lleva hechos en total?

—Trece, entre los cuales figuran «Zwischen 14 und 17» («Entre 14 y 17»), «Spelunke», «Was Kostet Liebe», «Hampelmann», etcétera, que alcanzaron mayores éxitos.

—Y, ahora que dirige películas en español, ¿qué piensa de nuestros artistas?

—Que son muy buenos, que carecen de defectos, y que se parecen bastante, en el ca-

cuando consiga un papel bien adaptado a su temperamento.

—¿Qué le hubiera gustado ser, de no dedicarse al cinema?

—Autor y director de escena.

—¿Qué película cree usted la más perfecta de estos últimos años?

—Como grotesca, cualquiera de Charlie Chaplin, y si buscamos en ella un valor puro,

(Continúa en Pantallas)

VIDA Y AVENTURA DE MARIE DRESSLER

El cine melifluido y vacío de las ninfas y de los adolescentes va a ceder amigablemente el paso a los cuerpos recios y peligrosamente robustos de las características cincuentonas que han venido a demostrar como se armonizan la melancolía de las canas con la fama estelar más envidiable.

Al descender de su elegante coche, Marie Dressler, no luce ni el gesto tremebundo de «Let Us Be Gay» («Seamos alegres»), ni la despampanante personalidad con que se nos presenta en «Reducing» («Adelgazando»), pero su rostro bonachón y tolerante revela hasta la saciedad

des hoteles y los círculos cineísticos capeando los temporales de su portamonedas, flácido y angustiosamente desocupado, que solían presentarse con muy breves intervalos. Por supuesto nadie puede tener el espíritu jocosos de esta mujer que se queda mirando a los vaivenes de la fortuna con ojos místicos de Cuaresma. Ella lo tomó todo a broma... E hizo bien. Por lo menos así ha arribado a los se-

ner el valor de charlar un buen rato con usted. Sepa que la buena marcha de mi hígado le debe a usted más que a todos los médicos de Los Angeles juntos».

Marie Dressler enarca las cejas majestuosamente, se yergue en una pose de admirable arrogancia, abre de par en par la boca y nos expone en una ruidosa carcajada su formidable teoría sobre la vida: Yo

descorazonan ante los más pequeños obstáculos. Es natural, como que en los días ingenuos del cine mudo estaban acostumbrados a tener la sartén por el mango; vino el cine hablado y resulta que se han quedado con el mango, pero sin la sartén... También yo tengo mis habilidades y puede ser que los ayude a pegar mango y sartén una vez más.»

Soledad Jiménez opina también regocijadamente

que de hambre decidió hacerse bailarina y artista de cine. En aquellos días Hollywood era un simpático huerto de manzanas y naranjos. Ni Lasky ni Laemmle disponían de millones y las películas se filmaban por cuenta de compañías cuyos directores y propietarios tenían más de aventureros que de industriales. Soledad perteneció al grupo de actores que filmaban en las calles o que se introducían subrepticamente en los jardines lujosos para «robar sets» y tomar sus escenas. Eran los días en que costaba dos dólares alquilar las casas de gentes pobres para tomar alguna película. So-



a la reina del buen humor.

En la vida real de Marie Dressler, al través de sus típicas aventuras, podemos comprender una vez más que la historia de las estrellas no es casi nunca una salsa incolora de placeres y de triunfos, sino que más de una vez, lejos de la pantalla y de los ojos del público se han tenido que inclinar a buscar prosaicamente el sustento como todos. Marie Dressler ha publicado los azares de su vida antes de llegar a la fama mundial de que justamente disfruta hoy. Más de una vez la aplastante figura de la señora Dressler anduvo por los gran-

des deleitando con sus ojos chispeantes a la mitad del mundo, porvenir que muchos le envidiaríamos a los veinte... Después de todo su oficio es de utilidad universal puesto que hacernos reír es procurarnos unos cuantos años más de vida... El público lo sabe y se lo agradece de corazón. Alguien la dijo un día: «Miss Dressler, no puede imaginarse cuanto me ha costado el hacerme ánimo y te-

acostumbro a mover en torno la llave de contacto, si éste se produce y la máquina entra en marcha ¡magnífico!, y si por más que la movemos no hay manera de echar a andar ¡Never mind!, de todos modos ¡encantada!

Marie Dressler, entre puyas y sonrisas, abre desmesuradamente los ojos y opina sobre el cine parlante:

—«Estos productores se

sobre el cine parlante. Es partidaria de él, sobre todo desde que Sheehan, presidente de la Fox, y Beaton, el más duro crítico yanqui, declararon que a Soledad Jiménez debía el cine parlante su victoria definitiva.

Soledad es la actriz más interesante de Hollywood. Acaso la única a quien pueda hacerse *interviews* entretenidos. Vino a Hollywood hace ya veinte años y en un terrible ata-

ledad nos ha contado los trabajos terribles y las hambres pasados. Sin sol era imposible filmar, así es que en las tardes obscuras de otoño no se les pagaba y debían satisfacerse con el obsequio de un sandwich.

—«Los mejicanos han contribuido poderosamente al desarrollo del cine—, nos dice Soledad. Prestaban sus casas gratis y ayudaban en todo lo que podían. Una compañía cinematográfica de aquellos tiempos se componía del dueño de la máquina, de alguno que contribuía con cien dólares, del dueño del

(Continúa en Pantallas)



Un drama de amor ilícito en los mares del Sur

Cómo se hizo "Tabú"

F. W. Murnau dirigió películas durante dos años en Hollywood. Durante aquellos dos años fué incluido en la lista de los diez mejores directores películeros de Hollywood. Su película «Sunrise» fué aclamada como una de las mejores de la temporada. Conquistó nuevos laureles con las cintas «The Last Laugh» y «The Four Devils».

Hará cosa de dos años se fué al archipiélago del Sur en pos de una idea. Escribió un argumento en colaboración con Robert Flaherty, el metteur en scène de «Nanook of the North». Durante tres meses, Murnau exploró las islas

del archipiélago de la Sociedad en busca de un buen escenario para su compañía, a la par que estudió las costumbres de los indígenas, gente por lo general feliz y libre de cuidados. Durante más de un año trabajó en la filmación de «Tabú», en cuya obra trabajaron exclusivamente artistas indígenas, todos ellos de piel bronceada, de facciones delicadamente cinceladas y de proporciones apolíneas.

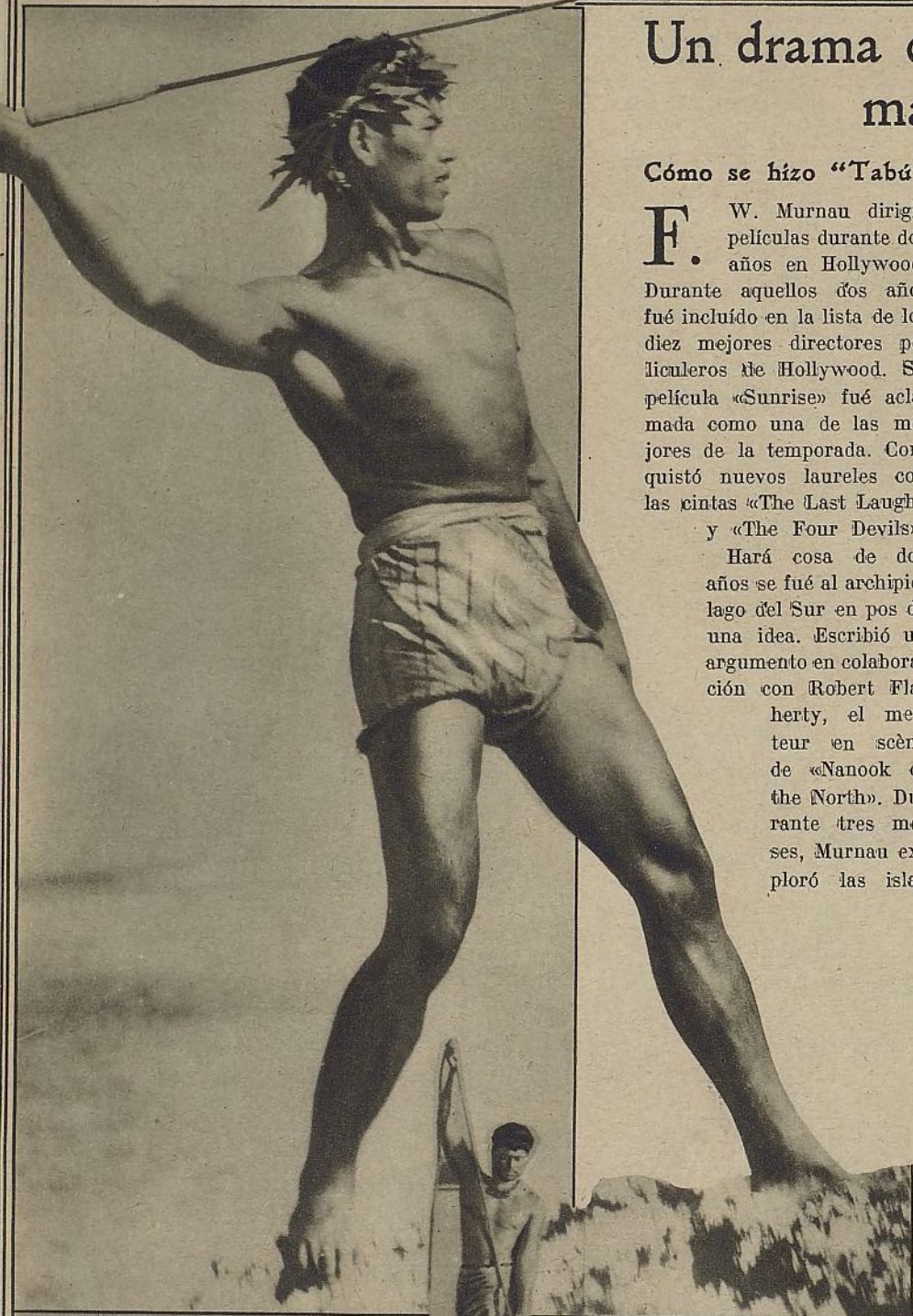
A pesar de que los noveles actores jamás habían visto una cámara o una película, la habilidad de Murnau fué suficiente para hacerles desempeñar sus papeles con absoluta maestría y sinceridad. Fotografió la belleza indescriptible de la isla tropical, las danzas intridas y graciosas de los indígenas, acompañadas por los sonos monótonos del tomtom. Fonografió los cantos de la isla. Al llegar a Norteamérica, Murnau fué a visitar a Hugo Reisenfeld, una de las autoridades musicales del país. El doctor Reisenfeld hizo un fondo musical para «Tabú», en el que las voces de los isleños se funden admirablemente en las melodías de la orquesta.

ARGUMENTO

Mecida en la lejanía del Pacífico, yace la isla de Bora-Bora, un fragmento de paraíso libre del influjo demoledor de la avaricia y de los vicios de la moderna civilización. No hay en la tierra lugar más bello, ni población más feliz y despreocupada.

En medio de tales galas de la Naturaleza, viven felices Reri y Matahi. Reri es una doncella de sangre regia, una Venus bronceada de insuperable belleza. Matahi es un apuesto joven a quien nadie gana en hazañas de natación y de pesca. Reri y Matahi son felices sobre toda ponderación.

Su felicidad, empero, se interrumpe bruscamente. Hitu, un viejo y severo sacerdote,



llega como embajador del jefe de las islas, portador de un documento, en el que se proclama que Reri ha sido elegida para la dignidad de Virgen Sagrada de las islas, y que ha de ser conducida al templo de la isla del jefe de todas las tribus. A Reri le dan el nombre de «Tabú»... la inaccesible. Profanar su virginidad equivale a la muerte.

Reri se siente anonadada, incapaz de rebelarse, y la llevan al barco en el que saldrá al amanecer para no volver nunca. El amor de Matahi, empero, supera a sus temores supersticiosos. Antes del amanecer corre la voz de que Reri ha sido raptada. Si Reri no vuelve a bordo, la buscarán como a una fiera salvaje para sacrificarla, juntamente con su raptor.

Huyendo de la venganza de los sacerdotes, los amantes navegan durante varios días en una minúscula canoa, en la que el mar les arroja a una isla, cuyo tráfico principal es el de perlas. Allí son rescatados y viven juntos una vida de suprema felicidad. Matahi supera a todos los buzos en la busca de perlas. Un día encuentra la perla más grande que se haya conocido en el fondo de una laguna. Inconsciente del peligro en que incurre, convida a champagne a todo el mundo para festejar el hallazgo.

En el momento del triunfo llega un barco, en el que viene Hitu, que todavía anda a la busca de la virgen isleña. Los amantes huyen atemorizados a su choza, pero allí les descubre un enemigo, que trata de ganarse la recompensa ofrecida por Hitu por la captura de los

amantes. Matahi logra sobornarle, entregándole la perla que acaba de encontrar.

Aquella noche, mientras Matahi duerme, Hitu llega a la choza y deja un mensaje para Reri, en el que le da tres días de plazo para volver a la isla, so pena de acarrear la muerte de su amante. Reri entierra, empavorecida, el mensaje en la arena. Al día siguiente suplica a Matahi que la lleve a otra isla. Cuando éste va a la agencia a comprar los pasajes, se encuentra con que tiene que pagar una cuenta fabulosa de champagne. Como no tiene ya la perla, no puede pagar. Trata de engañar a Reri, pero ella, mientras Matahi duerme, llega a saber que éste no tiene los pasajes. Hitu aparece a la entrada de la choza, blandiendo una lanza. En el colmo del terror, Reri se lanza a resguardar a Matahi con su propio cuerpo, mientras hace señas a Hitu de que está dispuesta a seguirle.

Matahi, que sueña con perlas y tiburones, despierta de repente. Huye en silencio de la choza y vuelve a bucear en las peligrosas aguas. Su audacia es recompensada y encuentra una perla inmensa. Inundado de gozo regresa a la choza para encontrar en ella una nota, en la que Reri le explica lo sucedido. Matahi ve en lontananza el barco de Hitu navegando con rumbo a Bora-Bora. Arrojándose al mar, nada frenéticamente en dirección al barco, al que, finalmente, alcanza. Se agarra a una cuerda, pero Hitu le descubre y la corta. El barco continúa su viaje, en tanto Matahi, extenuado, sucumbe finalmente en la lucha y desaparece en las ondas vengativas. ¡La venganza del Tabú ha sido cumplida!



Carmen Guerrero y George Lewis en "Horizontes nuevos"

ESTAMPAS DEL CINEMA

Publicación Artística - Aparece los sábados

Contiene: ocho grandes fotografías sueltas, en cartulina, tamaño 20 x 15 cm. reproduciendo las más importantes escenas de cada película y completo argumento.

PRECIO: 50 CÉNTIMOS

Están puestas a la venta las siguientes películas: número 1: ROMANCE, por Greta Garbo; núm. 2: DEL MISMO BARRO, por Mona Maris; núm. 3: EL GRAN CHARCO, por Maurice Chevalier; núm. 4: LADRÓN DE AMOR, por José Mojica; núm. 5: SÍGUEME CO-RAZÓN, por Nancy Carroll; núm. 6: EL DIOS DEL MAR, por Ramón Pereda; núm. 7: HORIZONTES NUEVOS, por Carmen Guerrero; núm. 8: SEVILLA DE MIS AMORES, por Ramón Novarro; núm. 9: LAS LUCES DE LA CIUDAD, por Charlot; núm. 10: SU NOCHE DE BODAS, por Imperio Argentina.

Para coleccionar las artísticas fotografías de ESTAMPAS DEL CINEMA hemos puesto a la venta un espléndido ALBUM para coleccionar 200 fotografías al precio de PESETAS TRES.

EL ALBUM DE ESTAMPAS DEL CINEMA con las 25 mejores películas de 1931, será el mejor recuerdo de los grandes films de la temporada y siempre le deleitará el poder admirar a sus artistas favoritos en los mejores momentos de sus grandes creaciones.



ROSITA DÍAZ GIMENO

EL nuevo cinema ha dado a nuestra República una categoría que habría tardado mucho en lograr dentro del cine mudo. Pero esta categoría no se debe, naturalmente, a orientaciones de los cineastas indígenas, sino a la expansión de nuestro idioma y al importante mercado que el mismo le asegura a las producciones habladas en español.

A la necesidad que han tenido los yanquis de producir películas hispanoparlantes, para no perder su preponderancia en Centro y Suramérica, se ha unido como consecuencia natural, la de buscar intérpretes de habla española. Esta necesidad ha traído implícito el fracaso, en unos casos, y el éxito, en otros, de algunos artistas españoles, a los que se les ha hecho la prueba de la pantalla.

Entre los triunfantes, figura Rosita Díaz Gimeno, bella, femenina, plena de juventud y de posibilidades.

Rosita no es todavía una verdadera revelación, pero sí es una fuerte promesa. Posee cualidades preciosas para elevar su rango artístico y el que esto acontezca antes o después, depende sólo de que se le anticipe o se le retrase la ocasión de explayar su temperamento.



Rosita Díaz Gimeno, bellísima y escultural artista española, que se ha destacado como figura del cinema hispano en la película parlante de la Paramount, "Su noche de bodas".

PAROCA



Edmonde Guy se hizo famosa porque perdió un collar de perlas.

Courteline lo comentaba así:

—“No hay ningún collar de perlas que, para hacerse famoso, necesite perder una Edmonde Guy...”

RAMBLA DEL CENTRO, 33 - PASAJE BACARDI, 2

Pantalla cómica

AVENTURAS DE POLITO QUISQUILLA

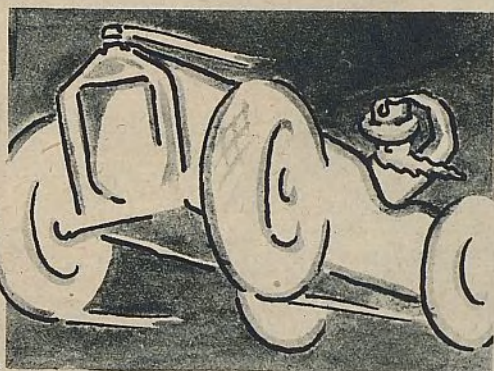
Un tío con toda la barba

MIENTRAS la policía de Nueva York buscaba a Polito Quisquilla, éste se dirigía en automóvil, como una flecha, a Hollywood.

¿Cómo había logrado escapar sin que nadie advirtiera su fuga? Esta es cosa que el lector sabrá después, si sigue leyendo.

Tres días después del misterioso y apa-

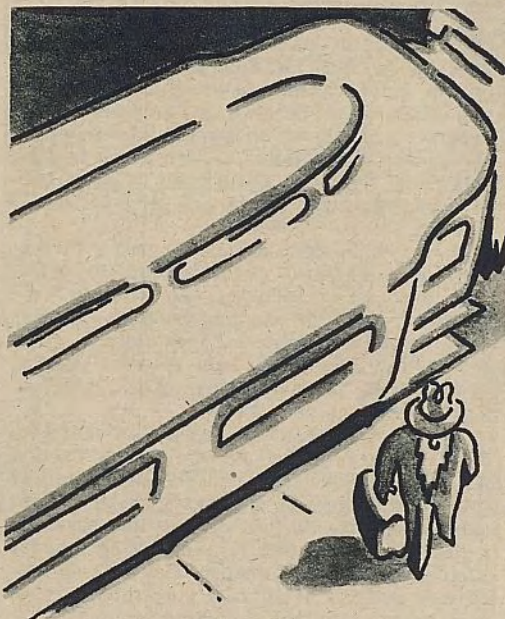
A pesar de lo raro que resulta un tío con toda la barba, nuestro viajero no logró lla-



—¡Aceptado!—exclamó el director de la «Trucofilm».

Al día siguiente empezó el rodaje del film. El nuevo actor causó sensación. Las muchachas del coro y la misma «estrella» le daban tironcitos de la barba y le llamaban papá Noel.

Pero llegó una escena en la que el desconocido personaje tenía que abrazar a la «estrella» paternalmente, pues de padre de ella—aunque postizo—hacía en la cinta que se impresionaba.



mar la atención de los transeúntes. Todo lo más, alguno lo miraba un segundo y luego se sonreía, porque lo había tomado, seguramente, por un comparsa de cualquier estudio.

En Hollywood, la inmensa fábrica californiana de películas no asombra nada. Están acostumbrados a ver a un feroz piel roja del brazo de una damita ingenua, quebradiza y sentimental, que le sonríe.

Esta indiferencia por su persona, parecía agradarle al barbudo caballero del automóvil gris. Sólo, que al enfilar una nueva calle, se le quedó mirando con fijeza un individuo, que a poco saltó al estribo del coche, gritando con entusiasmo: —¡Ya lo encontré!

La frase pareció alarmar al viajero. No obstante, se repuso, inquiriendo: —¿Qué es lo que ha encontrado usted y con qué derecho asalta así mi coche?

—Yo soy el director de la poderosa compañía cinematográfica «Trucofilm» y andaba loco buscando un tío con toda la barba para mi próxima producción. Por eso al verlo a usted con esas barbas apostólicas, no he podido reprimir mi alegría.

—¿Y si yo no quisiera trabajar en su película?

—Le pagaré lo que me pida.

El de la barba se quedó pensando y luego repuso:

—Si es así...

—¿Cuánto quiere ganar?

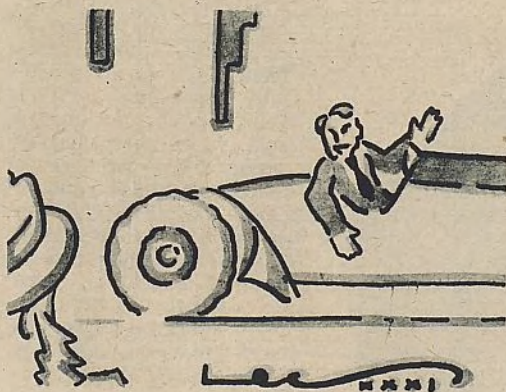
—Pues... catorce reales diarios y la comida.



La abrazó con entusiasmo impropio de un padre deslizándole en su oído una encendida frase de amor. La «estrella», escamada, lo agarró por la barba rasurándole el rostro. Y ¡oh! asombro, aquel carcamal, era nada menos que Polito Quisquilla, el hombre más guapo del mundo.

La «estrella» se desmayó a propósito en brazos del héroe, aprovechándose cuanto pudo. Las coristas también reclamaban su derecho al desmayo sobre el pecho de Polito. Y hasta el ayudante del director sintió deseos de perder el mundo de vista en los brazos de aquel hombre, ¡ay! tan guapo, tan guapo, que accidentaba.

CELULOIDE



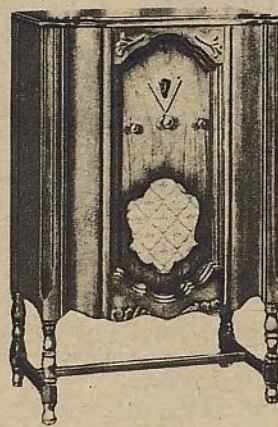
María Calvo habla de su entrada en el cinema

CENÁBAMOS juntos en el Hotel Roosevelt. Frente a nosotros, María Alba y Carlos Villarias comentaban el estreno de «El Código Penal» en Méjico y La Habana. A nuestro alrededor, muchos marinos del buque-escuela «Sebastián Elcano», y la mayoría de los actores de habla española rompían sus entusiasmos en alegres carcajadas, en chistes, no siempre blancos, y en interminables brindis.

María Calvo me contaba su iniciación en las películas.

—Hacia muchos meses que vivía en Holly-

wood, donde trabajaba mi marido, cuando surgió el film hispanoparlante. Una mañana me enteré de que José Bohr preparaba una película. Me entusiasmó la idea de hacer algo en nuestra lengua y para mi público de Hispanoamérica, y sin pensar mucho me encaminé al estudio. La señora Bohr, amable, pero un poco fría, me ofreció llamarme si para algo me necesitase. Al día siguiente recibí la llamada. Me proponían un papel pequeñísimo y quince dólares de sueldo. Acepté de buen grado, hice mi trabajo y no volví a



El mayor prestigio en receptores radio.

Chassis de 5, 8 y 9 lámparas.

En mueble y combinado con fono.

URGEN REPRESENTANTES

RADIO-Saturno
Apartado, 501 - BARCELONA

preocuparme de las famosas «Sombras de gloria», hasta que los comentarios favorables que de mí hicieron mister Shurlock y Fernández Cué, decidieron a la Paramount a llamarme para filmar un papel importante en «El cuerpo del delito». Así, sin desearlo casi, más como fruto del entusiasmo y como premio del esfuerzo y de la espera, entré en el cinema.

María habla con la misma gracia fácil y simpática que tanto se ha aplaudido en sus películas, sobre todo en «La voluntad del muerto» y «Sevilla de mis amores». Apenas toma parte en las disputas y chismes de nuestro medio. Con sencilla modestia, rarísima en la ciudad de los narcisos y de las estrellas, sigue su amena narración.

—Casi inmediatamente trabajé en «Estrellados», primero, y luego en «Del mismo barro». Aunque la producción de entonces ha sido muy inferior a lo que hoy filmamos, recuerdo con agrado aquellos días en que no nos separaba a los actores ninguna rivalidad y en que los sueldos subían sin descanso. Hoy más de doscientos artistas están casi sin trabajo, y es raro cobrar quinientos dólares semanales.

—Pero usted, María, no puede quejarse. Trabaja siempre y es de las pocas cuya actuación, el público y la crítica encuentra invariablemente buena, espléndida o, por lo menos, discreta.

—Gracias. Aparte de que trabajo con entusiasmo, sobre todo en el género cómico, recibo aplausos porque Argentina, Cuba, Méjico, etcétera, me conocen muy bien. Tengo recuerdos muy agradables de los veintitrés años en que ya sola, ya en compañías de zarzuela, opereta o revistas, he recorrido aquellos países. Soy en el fondo tan española como americana. Y ¡qué miedo le tenía al público americano antes de conocerlo! Pastora Imperio había hecho su primera temporada en Buenos Aires con poquísimo o ningún éxito. Contaba horrores de los empresarios y público. Sin embargo, quiso ir allá por segunda vez, y yo fui con ella. Hicimos una temporada espléndida. Pastora se cansó de ganar dinero, aplausos y declaraciones amorosas.

Vibran los compases de una marcha española. La
(Continúa en Pantallas)



• POPULAR FILM •



Los chavales de Oviedo

v II

Pasodoble humorístico sobre motivos populares de Asturias. — De Ceófilo G. Suárez.

The musical score is written for piano and consists of six systems of staves. Each system has a treble and bass staff joined by a brace. The key signature has one flat (B-flat), and the time signature is 2/4. The music is a pasodoble, characterized by its rhythmic patterns and melodic lines. The score includes various musical notations such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings. The piece concludes with a double bar line and the word 'Fin' in the final measure of the last system.

"a - u - pa"

Fin

DOS GRANDES PRODUCCIONES
EN UN MISMO PROGRAMA DOS



Un drama en la nieve

Film de emocionantes escenas deportivas y gran belleza fotográfica,
dialogado en francés y una canción en español, interpretado por

LOUIS TRENKER

campeón mundial de skis, con

MARY GLORY

Selección Filmófono

distribuída por Febrer y Blay

Un vals en Sleeping Car

Finísima comedia frívola, de ambiente vienés, de la que son protagonistas

LUCIE ENGLISH

y

FRIZT SCHULTZ

Exclusiva Febrer y Blay

en el Salón Cataluñá

Sevilla de mis amores

Producción en español de la M.-G.-M.,
con Ramón Novarro de director y es-
trella. - Relato de Carmen de Pinillos.

(Continuación)

estaba María, profundamente dormida. Los aconteci-
mientos del día anterior agolpáronse a su mente.

—Y ¿qué me voy a hacer ahora?—se preguntó—.
No se puede quedar aquí. Tío Esteban se pondrá fu-
rioso si sabe que ha pasado aquí la noche.

El rostro de María estaba volteado en dirección suya.
El sueño parecía hacer más patente su inocencia.

—¡Qué hermosa es... y qué pura!—murmuró conmo-
vido—. Debería ser monja...

Acercóse al lecho y la contempló en muda admira-
ción. Le acarició levemente el cabello, y María se des-
pertó sonriendo.

—Es de madrugada, chiquiña. Mejor es que te vistas
para regresar al convento, antes de que la caye se
yene de gente.

María se sentó violentamente, con los ojos dilatados
de espanto.

—¡Juan! ¡Oh, Juan! ¿Tengo que irme? ¡Por favor,
déjame quedarme aquí!—suplicó.

Juan se esforzó en mover negativamente la cabeza.

—¿Dónde te podrás quedar?—preguntó con gran se-
veridad.

—Pero, ¿he de irme en este momento?—preguntó ella
patéticamente.

Juan se ablandó. El no quería, por cierto, que se
fuera.

—Tal vez te podrías quedar hasta después del des-
ayuno—concedió—. Mientras te vistes, iré a comprar la
leche.

—¡No te demores, Juan!

—Prontito estoy de regreso.

Cuando se cerró la puerta tras él, María saltó del
lecho y se puso de rodillas.

—¡Madre Santa, Virgencita mía! ¡Haz que me pue-
da quedar!—oró fervorosamente.

Juan llamó a la lechera que andaba por allí cerca.

—¡Hola, señá Anselma! ¡Buenos días le dé Dios!

—Muy buenos, Juanito.

Llenó el cacharro de Juan, y se volvió a su chico
que llegaba muy excitado.

—¿Qué tanto te demoraste en la compra, bribón?

—¡Hay mucha buyanga en el mercado. Los civiles an-
dan registrando los puestos. Naide me había caso.

—¿Qué ha pasado?—preguntaron Juan y la lechera
al mismo tiempo.

—Que buscan a una mosita que se ha fugao del con-
vento de las Agustinas...

—¿No sabes cómo se llama?—inquirió Juan.

—Y cómo lo voy a saber?

—Claro; tú qué lo vas a saber... Ahí tiene usted, señá
Anselma. Hasta mañana—dijo Juan, pagando la leche.

Aunque se alejó con aire indiferente, estaba alarma-
do, y antes de entrar en la casa echó una mirada en
derredor, como si temiera ver a la policía viniendo
a registrar su morada. María se había vestido y ar-
reglado la mesa mientras él estuvo fuera. Lo recibió con
una sonrisa radiante, que se apagó tan pronto como
notó la aprensión en los ojos de Juan.

—¿Qué hay, Juan?—preguntó con la respiración en-
tre cortada.

—Que te andan buscando, María Consuelo... ¡No
tienes más remedio que regresar!

—¡Juan, por favor, no me digas que me vaya! ¡Si
me echas, tendré que irme; pero, por lo que más quie-
ras, Juan, no me despidas!

—¡Pero, María Consuelo, tú eres una santa criatura,
y yo soy solamente un desgraciado, un Juan sin
Nombre!

—Para mí eres como un príncipe. Mira, te había de
tener tu casa como los chorros del oro. ¡Jesús, lo que
trabajaría yo aquí!

—¡Pero, chiquiña, te pueden venir a buscar a esta
casa! Muy duro es para mí; pero ¿qué le hemos de
hacer?

María lo miró por un largo instante, y luego, com-
prendiendo que era cosa decidida, cogió su atado y se
dirigió a la puerta.

—No te olvidaré nunca; y, a veces, aunque sea mal
hecho, he de escuchar tus canciones.

Algo estalló en el corazón de Juan. Precipitándose de
un salto a la puerta, le arrebató el fío y lo tiró al
suelo, exclamando:

—¡No, no; no te vayas! Puedes quedarte.

—¡Ay, cuánto te lo agradezco!

El semblante de la joven estaba transfigurado de
alegría. Juan abrió los brazos. Un segundo más, y
María se habría precipitado en ellos, cuando se abrió
la puerta de la alcoba y apareció Tío Esteban.

—¡Eh!—exclamó—. ¿Qué falta de vergüenza!

Juan se volvió hacia él, centelleando sus ojos de ira.

—Por esta vez se ha equivocado usted—profrío—. Esta
niña es María Consuelo Vargas, postulante del con-
vento de las Agustinas...

—¿Que qué?—vociferó el Tío Esteban.

—Me la tropecé ayer—continuó el mancebo—. ¡No
ha hecho todavía ningún voto... y se va a quedar aquí!

El Tío Esteban se le enfrentó, furioso.

—De manera que a eso hemos llegado? ¡Hasta ro-
barte religiosas de los santuarios! ¡Fuera de aquí!

—¡Y llévate a esa renegada!

—¡Tío Esteban!—gritó Juan enfurecido—. ¡Cuidao
con lo que se dice!

Esteban no se amedrentó. Furioso, escandalizado, y
sin parar mientes en lo que decía Juan, insultó a
María.

—¡Es usted peor que las pindongas y verduleras del
mercado! ¡Es usted una...

Juan se puso livido. Lanzando un grito ininteligible,
levantó el brazo para golpear a Esteban.

—¡Juan! ¡Juan de Dios! ¡Ahórrate la vergüenza de
maltratar a un viejo!

El joven recobró la razón, y su mano cayó inerte.

—Perdóneme usted—murmuró con voz bronca.

—Juan... hijo...—dijo Esteban en murmullo entrecor-
tado—. Lo siento mucho.

—Mírela usted bien, Tío Esteban—insistió Juan—.
¿Ve usted algo que no sean ángeles en sus ojos? ¡Asó-
mese usted bien!

El Tío Esteban cogió a María de la barbilla, levan-
tándole el rostro para observarla mejor. Lo que vi-
allí debió tranquilizarle.

—Lo siento mucho—repitió—. Mis ojos no son ya tan
buenos como debieran. Me he equivocado. Pero, Juan...

—continuó, volviéndose a él—. ¡Esto nos va a traer
un lío gordo en Sevilla!

—¡Ca! ¡No nos vamos a quedar en Seviya; nos
marchamos a Madrid!

El Tío Esteban sacudió la cabeza. No tenía ya fe
en tales promesas.

—¿A Madrid? ¿Hablas en serio?

—No que no! ¡Nos marchamos hoy sin falta!

El rostro del viejo se iluminó de satisfacción.

—¿Lo dices de veras?

—¡Y tan de veras! Si no podemos de otro modo...
¡un rativo a pie y otro andando!

El rostro del viejo se iluminó de satisfacción.

—¡A Madrid, por fin!—exclamó—. De pronto, sin
embargo, refrenó su entusiasmo, y señalando a María
preguntó:—Y la chiquiña... ¿se viene con nosotros?

—¡Natural! ¡Esta niña va a ser nuestra cocinera!

—¿Cocinera? ¿Qué le tienes que criticar a mis gu-
isos?—refunfuñó el Tío Esteban.

—Bueno; será entonces la despensera.

CAPITULO XII

Hay todavía personas en España que recuerdan a la
Rumbarita, famosa diva del Teatro Real de la Opera,
la de los ojos brillantes y notas argentinas. Ser re-
cordada después de veinte años es un honor que pocas
cantatrices alcanzan.

Hoy era solamente una mujer gruesa y entrada en
años que, al escaparse la gloria y la fortuna, man-
tenía cerca del teatro de sus antiguos triunfos una
casa de huéspedes para conservar intacto el capitalito
que había logrado poner en salvo.

Aunque desconocida al mundo elegante que en otro
tiempo tuvo a sus pies, era una especie de celebridad
entre los estudiantes y artistas jóvenes que acudían a
Madrid. Ser inquilino de la Rumbarita se consideraba
una distinción.

Tenía la lengua suelta, pero sin malicia; y a men-
udo, cuando estaba enardecida por uno o dos vasos de
vino, brillaban sus cansados ojos con reminiscencias de
sus pasadas glorias, recordando los días en que Ma-
drid era Madrid y un artista era verdaderamente ar-
tista.

La Puerta del Sol, el Palacio Real, el gran teatro de
la ópera, y otra media docena de sitios grandiosos
que ella conocía bien, no habían cambiado; pero la
gente había cambiado...

—¡Plata, plata y plata!—decía—. Eso es todo lo que
se habla hoy... aun entre los cantantes. En otro tiempo
uno se preguntaba: «¿Cuán bien lo hago?» Hoy se
dice nada más: «¿Cuánto me pagarán?»

Aquella noche estaba a punto de retirarse cuando
alguien tiró del cordón de la puerta. Esperó que so-
nara la campanilla otra vez antes de levantarse. Tira-
ron del cordón con redoblado imperio.

—¡No lo arranquen!—refunfuñó ella, vistiéndose apre-
suradamente una vieja bata de casa y ajustándose la
peluca.

Máquinas para coser y bordar



Las de mejor resultado
La célebre rápida

Ayuntamiento de Madrid

Bajó las escaleras llevando una linterna, y vió a dos
hombres y una muchacha esperando en la penumbra
del vestíbulo. Uno de ellos, de facciones pronunciadas,
mantenía la puerta abierta y miraba la ciudad.

—¡Oh, Madrid, Madrid! ¡La perla de las ciudades!
¡La Meca de los artistas! ¿Serás cruel o propicia para
nosotros?—le oyó ella decir. Aquella voz tenía entona-
ciones extraordinariamente familiares.

El hombre se volvió hacia ella y la miró de arriba
abajo.

—¿Por qué nos hace usted esperar tanto?—preguntó
con voz gruñona—. Recuerdo muy bien el tiempo en
que era usted tan lista que podía apostárselas con
cualquiera.

La Rumbarita se irguió majestuosamente. Pondría al
individuo este en su lugar.

—Si su bolsa anda tan mal como sus modales, ha
equivocado usted la puerta—, le informó desdeñosa-
mente.

Tío Esteban, pues no era otro, se echó a reír y, vol-
viéndose a los jóvenes, exclamó:

—Pasad, muchachos, y recordad... ¡estamos en terre-
no sagrado! Tenéis delante a la cantatriz más famosa
que conozca el mundo... ¡La Rumbarita en carne y
hueso!

La mujer se sorprendió.

—Soy la Rumbarita, es verdad—declaró orgullosa-
mente—; pero, ¿quién es usted, que me conoce? Hoy
nadie se acuerda de mí.

—Ni de mí tampoco—replicó Esteban—. Pero, ¿qué
importa? ¡Tú y yo, Lulú, hemos tenido nuestros días
de gloria!

—¿Me llama usted Lulú! ¿Quién es usted?

Tío Esteban se echó a reír alegremente.

—¡Te he tentado en «Fausto», te sedujo en «La
Flauta Mágica», morimos juntos en «Romeo y Ju-
lieta»! ¿Me conoces ahora?

—¡Por todos los santos del cielo!—exclamó—. ¡No
eres... no puedes ser Esteban Malinino?—Abrió los
brazos. —¡Bésame, camarada... artista... amigo!

—¡Lulú!—murmuró él, dejándose arrastrar por la
emoción.

Juan empujó ligeramente a Esteban, y la Rumba-
rita lo recibió en sus brazos, besándolo en ambas
mejillas. Esteban retornó el afectuoso saludo.

Juan hizo una guiñada a María.

—Y estos, ¿quiénes son?—preguntó la antigua can-
tatriz, volviendo su atención a los jóvenes.

—Este es mi discípulo—respondió Tío Esteban con
orgullo—. Cuando canta, Lulú, me imagino a veces
que soy yo mismo.

La Rumbarita hizo seña a Juan de que se acercara.
Lo examinó por un momento, y se dio por satisfecha.

—Bésame, chico—ordenó—. Si eres un tenor la mi-
tad de bueno que tu maestro, serás una gran cosa.
Y ésta, ¿quién es?—preguntó señalando a María—.

—¿Alguna soprano?

—No—repuso Esteban—. Es una chavala que viene
con nosotros.

—Cocina y nos cuida la casa—explicó Juan.

—¡Gracias a Dios! Cuando un tenor y una soprano
están bajo el mismo techo... ¡el techo es capaz de vo-
lar! Pero, vamos a cuentas. Vosotros queréis unas
habitaciones tranquilas, como para estudio. Tengo
precisamente lo que necesitamos... arriba, en el des-
ván. Subamos a verlas.

Colgándose del brazo de Esteban comenzó a subir
las escaleras, siguiéndoles los muchachos.

—Este era el estudio del gran Juanito Boscoto—dijo
con veneración.

Esteban se emocionó.

—¿Juanito Boscoto? ¡Qué honra!—dijo—y ¡qué feliz
presagio!

El nombre de este gran cantante de la pasada gene-
ración no significaba nada para Juan. Oprimió tier-
namente la mano de María.

—¡Tú eres mi feliz presagio!—murmuró—; y no ne-
cesito de otro.

Volviéndose a la Rumbarita, preguntó:

—¿Cuántas piezas son?

—Hay tres, señorito—contestó ella.

—¿Cuál es la mejor?

—Esta en que estamos.

—Pues aquí dormirá Tío Esteban... ¡Ah, si hay tam-
bién un piano!—exclamó.

—Está hecho una lástima—observó Esteban.

—Como no os esperaba... pero ya lo arreglaremos, o
llamaré a alguien para que lo arregle—dijo la hué-
peda.

—Juan... ¡Boscoto... el gran Boscoto!—murmuró Es-
teban, perdido en sus reminiscencias.

Mientras Esteban y la Rumbarita cambiaban im-
presiones de tiempos pasados, Juan llevó a María hacia
la ventana.

—Ven, María, quiero mostrarte algo.

Tomados de la mano cruzaron la habitación. La
ventana encuadraba un hermoso panorama de Ma-
drid.

—¡Oh, qué belleza!—exclamó la joven, mirando cen-
tellear las luces de la ciudad—. Parece... parece el
cielo, Juan.

—Extendiéndose delante de nosotros—murmuró él poé-
ticamente—. ¿No es cierto que es muy linda la vida,
María?

Ella no contestó, y cuando él volvió los ojos, sor-
prendido de su silencio, notó que estaba contemplando
una pequeña imagen de la Virgen.

—¿Qué te pasa, María?—preguntó con alguna in-
quietud.

—No sé, Juan. Tengo... tengo miedo, y estaba pi-
diendo a la Virgen que nos proteja.

—¿Miedo? ¿De qué puedes tener miedo, María?

—De nada, supongo...—suspiró ella.

—¡Por cierto que no hay nada de qué tener miedo!—

afirmó él. Sin embargo, ahora que ella había expresado temores, por vagos que fueran, no pudo Juan desprenderse de la sensación de que les amenazaba un peligro. Preguntó una y varias veces a quién o qué cosa podían temer... Y cada vez, la inconsciente respuesta era: ¡Lola!

CAPÍTULO XIII

Pocas horas después de haber abandonado Sevilla los viajeros, se presentó Lola en busca de Juan, tratando de efectuar una reconciliación. Sus repetidas llamadas no obtuvieron respuesta. Creyendo que Juan lo hacía para fastidiarla, empujó colérica la puerta que, con gran sorpresa suya, se abrió de par en par. El desorden de las habitaciones, los signos de partida acelerada, le revelaron muy pronto la historia. Recordó metódicamente los cuartos, esperando encontrar algún indicio que le indicara la dirección que habían tomado. Sus ojos cayeron en el llo de ropas que María había dejado tras sí.

Lola abrió el paquete y se quedó estupefacta al descubrir el hábito de postulante. Con dedos temblorosos lo volteó por el revés, descubriendo el nombre de María bordado en el cuello. Pasó algún tiempo antes de que pudiera coordinar sus ideas. Recordaba el nombre de la muchacha y cómo había dado broma a Juan acerca de María Consuelo.

¡Y ahora se había escapado con ella! Celos frenéticos le estrujaron el corazón. Su primer pensamiento fue avisar a la policía. No; ella quería vengarse por sus propias manos.

Pero, ¿y si había salido de Sevilla? Inmediatamente sintió que estaba en lo cierto. El le había dicho muchas veces que deseaba ir a Madrid.

¡Buena; que sea en Madrid o sea en París o en la China, ella los encontraría!

No tardó mucho en descubrir que las autoridades estaban todavía buscando a María. Determinó ver inmediatamente a la Superiora del convento.

Por supuesto, habían notificado a Enrique prontamente que su hermana había desaparecido. Recorrió las calles como un loco, buscándola a la ventura. Conforme avanzaba el día sin más noticias que la de que la habían visto en la proximidad de la plaza del mercado, una negra desesperación se apoderó de su espíritu. En su furor y amargura, comenzó a reprochar a las autoridades del convento el que no tuvieran más cuidado, y así lo expresó violentamente a la Superiora aquella tarde. La discreta mujer trató de calmarle.

—Tal vez sería mejor encomendar las pesquisas a la policía. Me asusta usted con sus arrebatos.

—Lo siento mucho... ¡pero preferiría verla muerta que alejada de la casa de Dios!

—Ni una palabra más, hijo mío! No olvide usted que su hermana no ha profesado ni hecho ningún voto. Puede irse donde quiera, con la conciencia limpia, si su vocación la llama a otra parte.

—Pero, Reverenda Madre, ¿qué otra vocación puede sentir una criatura de sus años?

—María Consuelo tiene en el alma la inspiración musical, y Dios puede utilizar de muchos modos los dones que concede a sus hijos...

La interrumpieron los ecos de una voz aguda de mujer que chillaba en la puerta:

—¡Tengo que ver a la Superiora, y he de verla!

Evidentemente, la portera se resistía a dejar pasar a la visitante. Con todo, un momento después se abrió de golpe la puerta de la sala, y Lola se precipitó jadeante, con el cabello en desorden.

La Madre Superiora hizo una señal a la Hermana Concepción de que los dejara y, volviéndose a Lola, preguntó:

—¿Qué ocurre, hija mía?

El digno y tranquilo continente de la Madre Superiora, rebajó un poco los ímpetus de Lola. Cambió de maneras, tomando un aire casi respetuoso. Alargando el hábito de postulante que había descubierto en la morada de Juan, balbuceó:

—He... he encontrado esto en el cuarto de Juan de Dios.

—El hábito de mi hermana!—gritó Enrique Vargas. La Superiora recibió el hábito y lo examinó.

—Y, ¿quién es Juan de Dios?—preguntó con calma. Enrique se adelantó, con el rostro pálido de ira.

—Sí, ¿quién es él, y quién es usted?—exclamó ferozmente.

—Yo... yo bailo en la taberna de al lado... Juan de Dios era mi cantor.

Enrique miró a Lola con horror creciente. Las palabras de la Madre Superiora repercutieron en sus oídos con escarnio... ¡El don de la música...!

—¿Con que un cantor de taberna? ¿Y dice usted que se llama Juan de Dios?—repitió estremeciéndose de rabia.

Lola vio que llevaba la mano a la empuñadura de la espada.

—Sí, señor oficial—gritó con voz penetrante—. Así es yama, pero ya no lo encontrará usted. ¡El pájaro ha volado, y la palomita con él! ¡El era mío... muy mío... y éya me lo ha quitao! ¡Mal rayo los parta, Virgen del Carmen!

—¡Silencio!—ordenó la Superiora—. ¿No tiene usted respeto por mí ni por la casa de Dios? ¡Qué imprudencia!

—¡Por Dios que he de hallarlo y que lo he de matar!—gritó Enrique, sin darse cuenta del lugar donde se hallaba. Cogió a Lola por los hombros y la sacudió con rudeza, como queriendo arrancarle la verdad cuanto antes. —¿Dónde se han ido? ¿Dónde están?—preguntó violentamente.

—¡Si lo supiera de seguro! ¡Si solamente lo supiera...!—gruñó Lola con los dientes apretados.

—¿Usted tiene alguna idea de donde pueden estar. Se lo veo en los ojos. ¿Por qué no habla en lugar de quedarse ahí como un poste?

—Tal vez preferiría informar a la policía—dijo la anciana monja—. Es mi deber comunicarle al instante lo que pasa.

—Habrle—dijo Lola, con una carcajada sánica—. Tiene usted razón; tengo una idea de adonde se han ido. ¡Se han ido a Madrid! ¡Ahí es adonde los encontrará!

—¿A Madrid? ¿Por qué cree usted que a Madrid?—exclamó Enrique.

—¡Sí! ¡Lo encontrará usted en Madrid... cantando

con un viejo loco a un lado y una mujer consagrada en el otro!—Rió de nuevo con risa convulsiva.

El mismo Enrique se estremeció.

De pronto vio que Lola se tambaleaba. Se abalanzó para sostenerla, pero llegó tarde. La Madre Superiora se arrojó y colocó la cabeza de la bailarina en su regazo.

Enrique salió del convento con la intención de partir inmediatamente para Madrid. Pronto, sin embargo, comprendió lo absurdo de su resolución. Madrid es una ciudad inmensa, donde un hombre y una mujer podían ocultarse con facilidad. Esa Lola ciertamente sabía más de lo que había dicho. Podía, al menos, dar informes acerca del hombre, de sus hábitos, que ayudarían a encontrarle.

Estas reflexiones le hicieron regresar al convento. Era ya tan tarde que no le permitieron la entrada, pero averiguó que habían llevado a Lola a la estación de policía. Allí encaminó sus pasos, pero no tuvo mucho éxito. Habían registrado la casa de Juan sin encontrar indicio alguno que revelara sus proyectos; y Lola tampoco había podido dar informes definidos.

Enrique se sintió muy desalentado. No había probado bocado en todo el día. Entró en una fonda y pidió que le sirvieran de comer, pero le fué imposible tragar el alimento. Entonces se le ocurrió que el mejor modo de conseguir que hablase Lola sería aguijonear sus celos y ofrecerle llevarla consigo a Madrid. Ella podía identificar a Juan de Dios; y, a juzgar por sus arranques, no descansaría hasta haber descubierto su paradero.

En consecuencia, recabó del amo del café la dirección de la bailarina, y fué inmediatamente en su busca.

—Estaré lista en cinco minutos—dijo ella, radiante, cuando él hizo su propuesta—. ¿A qué hora sale el tren?

—Ya no hay más trenes esta noche—repuso Enrique—. Partiremos en el rápido de la mañana.

CAPÍTULO XIV

Una vez en Madrid, descubrió Enrique que la policía no se interesaba lo suficiente en la escapada de su hermana para tomarse mayores afanes. Hicieron una investigación superficial, y, no encontrando trazas de Juan de Dios ni de la muchacha, dieron carpetazo al asunto.

Enrique y Lola recorrieron por su parte la ciudad, visitando los lugares donde había más probabilidades de tropezarse con ellos; pero todos sus pasos fueron infructuosos.

En el interín, Juan había recobrado su alegría e indolencia habituales, convencido de que Lola le había olvidado. El Tío Esteban había encontrado antiguos amigos que le pusieron en contacto con el director de la ópera. Después de algunas objeciones, dilaciones y retardos, el empresario consintió en oír cantar a Juan. Pijóse el día, y Esteban regresó aquella tarde a continuar las lecciones con renovado ardor. Ahora que la Rumberita insistía también en que estudie, Juan vióse obligado a tomar por lo serio su educación musical.

Los días estaban todavía templados, y María se encantaba con sentarse delante de la ventana a echar migajas a las palomas que revoloteaban en torno suyo mientras escuchaba cantar a Juan.

Amaneció al cabo el día de la audición. Todos se habían levantado temprano; el Tío Esteban daba vueltas, excitado, por la casa, y la Rumberita, que se había echado encima el fondo del baúl, iba y venía, esperando el carruaje que había contratado, y aconsejando a Juan que estudiase sus escalas siquiera media hora más.

Solamente Juan parecía inmune a la emoción general. Nadie habría creído que dentro de breves horas iba quizás a decidirse su porvenir. De pie, junto al piano, al lado de Tío Esteban, prestaba más atención a los movimientos de María que a su música.

—Fíjate en el *legato* y cuida de la respiración—recomendó el maestro.

—¡Ah, sí, la respiración!—dijo él en tono petulante, echando una ojeada a María—. Hoy me siento con la respiración de un ángel.

El Tío Esteban hizo una mueca de disgusto. Juan recobró un instante la seriedad y comenzó sus ejercicios.

—No está del todo mal. Ensayemos ahora el canto. Después de algunos cuantos compases, el viejo interrumpió:

—Muy apretado, hijo. Deja salir la voz con toda libertad.

Comenzaron de nuevo.

—Pero, ¿qué te pasa hoy, Juan? ¿Has estado fumando cigarrillos otra vez?

—Sí.

—¡Tanto como te he rogado que no lo hicieras!

—¡Pocoquitos que se fuma usted también!

—Pero yo no tengo que dar ninguna audición en la ópera. ¿No puedes meterte en la cabeza que tu porvenir entero puede depender de cómo salgas hoy? ¡Toda tu vida depende de que hagas buen efecto!

—María Consuelo, ¡toda mi vida depende de estos momentos!—declaró él con burlesca solemnidad—. Hazme el favor de mirar solamente a las palomas, y no perturbarme con tus lindos ojos.

Esteban, aburrido, se levantó para abandonar el piano. Juan le hizo sentar de nuevo.

—Ya estoy serio, Tío Esteban; deme la entrada una vez más.

Ahora se entregó de lleno a su canto. Su voz surgía sonora y melodiosa, y María lo miraba enajenada.

Al Tío Esteban, sin embargo, le hervía la sangre al ver los ademanes de Juan, muy alejados por cierto del estilo de la ópera. ¡Y la expresión!

—¿Es que cantas de algún festín o cantas con el corazón destrozado?—gritó, poniéndose a imitar su sonrisa y sus movimientos sincopados.

Juan pretendió sorprenderse de esta crítica, y replicó:

—Por supuesto que puedo cantar muy lánguida y lastimeramente, si usted quiere—dijo. Y comenzó a repetir el aria, recalcando y exagerando la manera teatral que forma parte de las tradiciones de la ópera.

La Rumberita, que entraba en ese momento a avisar que el carruaje estaba listo, se quedó horrorizada. Juan trató de excusarse, pero no le dejaron tiempo.

El carruaje aguardaba, y no tenían tiempo que perder.

Involuntariamente experimentó Juan una mezcla de veneración y pavor al encontrarse dentro del clásico edificio de la ópera. El sentimiento de su propia importancia declinó considerablemente.

Otros jóvenes cantantes daban también aquel día muestras de su habilidad. Esteban y la Rumberita eran todo oídos.

—La voz de Juan es muy superior a cualquiera de éstas. ¡Espérate que le llegue su turno!—aseguró Esteban, armándose de valor.

Pocos momentos después, se acercó un ayudante y murmuró unas cuantas palabras al oído de Esteban. El viejo tocó el brazo de Juan, diciéndole:

—A ti te toca en seguida, Juan. El empresario, señor Mischa, está aguardando.

—¿Por dónde se va?—preguntó Juan.

—Sígame usted—repuso el ayudante.

Pronto subieron al escenario. El anunciador dió la voz:

—El señor Juan de Dios Carbajal.

El pianista comenzó el preludio del aria de «Rigoletto». Juan sacudió la cabeza. El movimiento era demasiado lento. El hombre comenzó de nuevo.

—Todavía está muy despacio—insistió Juan.

El pianista se dió por ofendido.

—Yo toco conforme a la tradición—, explicó orgullosamente.

—Buena—replicó el joven—, yo no soy tradicional...

El hombre atacó el preludio con violencia inusitada.

—...pero no soy tampoco caballo de carrera. No le he pedido a usted un alegre furioso.

Desde el fondo vino la voz del empresario.

—¿Qué pasa? ¡Prosiga usted!

Juan le hizo una cortésia.

—Necesito otro pianista, señor Mischa—, explicó—.

—¿No hay otro pianista en el teatro?

—Sí que lo había. Un nuevo pianista se presentó inmediatamente. Era un hombrecillo avisado, de ojos redondos. Hacía mucho tiempo que no veía solicitantes suficientemente atrevidos para imponerse de esta manera, y le hacía la mar de gracia. Saludó cordialmente a Juan, quien le correspondió el saludo con entusiasmo.

—Hombre, ¿quisiera usted tocarme esto? «Quæta o quælla» de Rigoletto. Todo el mundo conoce eso. Un poquito de *ritardando* al final de cada frase, ¿sabe usted? Entre músicos nos entendemos.

El acompañamiento parecía ahora a su gusto, y comenzó a cantar. Nunca había estado en mejor voz. Cantó el aria, y la cantó con entusiasmo y naturalidad tales como jamás se había visto en la escena. Terminó con la conciencia de haberse desempeñado bien. Sobrevino un profundo silencio.

—Señor empresario, ¿le agradaría a usted oír otra cosa... una canción que... escribi siendo niño? Les va a gustar. A Tío Esteban le agrada mucho y a mí también.

Y sin más tiquismiquis, comenzó a cantar:

«Los ojitos de mi niña...»

El director de la ópera lo miró con ojos fulgurantes. Pondría a este imprudente joven en su lugar.

—Gracias; he oído ya lo suficiente—replicó con frialdad cortante y abrumadora, levantándose para retirarse.

El Tío Esteban trató de alcanzarlo en la puerta para presentarle sus excusas.

—Es inútil—contestó airado el empresario—. No quiero oír una palabra más acerca de su protegido.

—Pero, hombre, Mischa, espero que lo dejará usted...

—¡No, no y no! ¡Así cantará diez veces mejor de lo que canta, no lo contrataría! ¡Ese muchacho no tiene sentimiento... lo único que tiene es pura diablura!

Juan se acercó a tiempo para oír esta acusación. Solamente María lo acompañaba.

—Ested es un gran artista, señor Esteban Malinino, y nosotros, de la ópera, respetamos su opinión—continuó el director, dándose aires de importancia, mientras Esteban se clavaba las uñas en las palmas de las manos para contener las lágrimas—; pero su protegido no hará carrera. Hay que pagar un precio a menudo terrible, para ser un buen cantante. Mejor le irá a usted si no tiene nunca que pagarlo—agregó volviéndose al joven.

—¿Qué quiere usted decir con eso?—interpeló Juan.

—Que no es posible tener una gran voz sin haber antes sufrido mucho; y ya se ve que el corazón de usted no ha de sangrar nunca.

—Ya lo creo que no—replicó Juan—. Se agradece. Vamos, andando, niñas, a casa.

Y cogiendo del brazo a María, se dirigió a la salida, seguido de la Rumberita a quien las lágrimas habían echado a perder los cosméticos.

—¡Juaniyo, espera, haz el favor!—suplicó Esteban.

—Ya lo ve usted—dijo Mischa a Esteban—; la tradición no tiene importancia para él. Canta por diversión... ¡y podría cantar!

—¡Estoy seguro de ello!—replicó Esteban con fervor—. Mischa, por nuestra antigua amistad, concédame al menos que pague yo lo que cueste sacar al chico una vez siquiera ante el público en este teatro. Tengo algunos ahorritos, y con gusto pagaría lo que fuese para que lo dejara usted cantar.

—Usted sabe que trescientos duros es lo menos que le cuesta a usted una de estas cosas—anunció el empresario con dignidad—. Creo que podría arreglarse... a veces se enferman los cantantes...—musitó.

—¡Por supuesto!—dijo Esteban, humedeciéndose los ojos—. Pero él no debe saber que yo he pagado por eso. Mañana regresará y arreglaremos los detalles.

—Hasta la vista, querido amigo, que la pase usted bien—dijo el director.

—Hasta la vista, y muchas gracias!—contestó el otro.

CAPÍTULO XV

Aquella noche, muy tarde, después que Esteban se retiró a su alcoba, Juan estaba todavía triston y meditabundo en el estudio. Tío Esteban le había cantado las verdades. Juan sentía el escorzo del orgullo herido; pero comprendía también que había echado a perder las cosas y, peor todavía, que había burlado las esperanzas de su maestro.

—¿Por qué no me dejan ser como soy?—refunfuñaba—.

(Continuará)

KURSAAL y CAPITOL

Esta semana, dos grandes comedias cinematográficas en un mismo programa

ESTA NOCHE... TAL VEZ...

comedia lírica por las dos destacadas figuras
del cine europeo

JENNY JUGO

y

SIEGFLIED ARNO

y

LA PRINCESA DEL CAVIAR

deliciosa comedia interpretada por la genial
muñeca

ANNY ONDRA

Ambas pertenecientes a

EXCLUSIVAS TRIAN

Ayuntamiento de Madrid

ALTAVOZ DE HOLLYWOOD

por GABRIEL ARGÜELLES

Todo es desconcierto en torno de las películas españolas. Mientras Fox Studios importan de Europa una docena de actores, la Metro Goldwyn Mayer anuncia que suspenderá la producción por dos meses para continuarla en París. Otros estudios avizoran y observan los experimentos de los vecinos. A su vez no hay dos periódicos de España o América que estén de acuerdo al juzgar las películas y al criticar a los actores. El público no se resigna a ver solamente a los nuestros. La comparación con los actores americanos es desfavorable a los primeros desde varios puntos de vista. Especialmente condena a las actrices y actores jóvenes. Las sincronizaciones no satisfacen tampoco ni a la crítica ni al público.

En el fondo el problema no es sino el reflejo, acaso acentuado, de la pobreza de nuestro teatro, de la poca preparación cultural de nuestros actores y de la insuficiencia absoluta de los que entre nosotros se llaman críticos.

Ejemplos de actores tenemos por docenas. El público los conoce y no se deja engañar ni por la publicidad ingenua de los estudios ni por el anuncio siempre en superlativo. De lo segundo abundan también los ejemplos, pero en estos días se ha presentado un caso desastroso para el buen nombre del periodismo nuestro.

Hollywood recibió amablemente la visita de unos periodistas, y los estudios, con muy poco conocimiento de los quilates culturales de los visitantes, les mostraron las últimas películas hechas en español. Estos señores, que previamente habían declarado su absoluta falta de contacto con el teatro, no hicieron otra cosa más que criticar los diálogos. Estaban entre americanos y, naturalmente, no les pudieron probar su competencia sino hablando de lo que los otros ignoraban por completo.

En Hollywood, naturalmente, nadie se preocupó después de ello. Pero no es correcto usar el nombre de esa Prensa tan bien acreditada en todo el mundo para exhibirse luego como desertores de la cultura y rebeldes de la inteligencia.

Y el epílogo será el de siempre. Los periódicos de allá llenarán sus páginas con artículos en que se hable de las maravillas de Hollywood, en que se escriban interviews que nunca tuvieron lugar, en que se despotrique contra de los directores y en que se trate de «ángulos», «close up», «técnica», «cameramen», etc.

Dos que cantan la palinodia. El desventurado periodista español Miguel de Zárraga—que tan mala suerte ha tenido en los estudios de Hollywood—y el no menos desventurado actor alemán José Bohr. Como es bien sabido, éste ha estado sosteniendo una constante campaña contra los españoles desde su llegada a Hollywood. Consecuente con sus ideas, encomendó la adaptación de su primer película a un culto caballero suramericano de apellido Tamayo, y la adaptación de la segunda al dibujante mejicano Jorge Juan Crespo, mientras que para otros trabajos de menor cuantía empleó a un tal Navarro, que solía tocar el trombón en un teatrillo de Los Angeles y que hoy ocupa el lugar del crítico de cine en uno de los diarios hispanoparlantes de la misma ciudad. Por lo visto el marido de Eva Alimaña de Bohr no ha de haber quedado muy satisfecho con sus citados colaboradores, porque ahora encomienda la adaptación de otra obra al peninsular Miguel de Zárraga, que sale de los estudios de la Metro, donde en un año hizo cuatro adaptaciones, dos de las cuales «jamás llegarán a la pantalla», según nos decía recientemente un alto empleado de la citada empresa.

Por su parte, el mismo señor de Zárraga ha estado batallando insistentemente contra la idea de que se encomienda a españoles el trabajo que pueden desempeñar los hispanoamericanos; pero acepta en silencio el que el

antiespañol José Bohr vuelva la espalda muy particularmente a los periodistas mejicanos Jorge Juan Crespo y G. Navarro (que tantos bombos le dieran en los periódicos en que escriben), y le encargue a él el diálogo que, en buena ley, correspondería a la pareja desdénada. Decididamente, los *leaders* de las intrigas películas contra los españoles se tornan cada día más tolerantes. Sobre todo cuando esto influye favorablemente en sus bolsillos.

Durante su estancia en Hollywood el célebre matemático Albert Einstein visitó los estudios de la Universal ansioso por contemplar el escenario en que los soldados de Milestone libraron la gran batalla en pro de la paz, que es la película «Sin novedad en el frente». Es notoria la hostilidad con que la famosa película ha sido recibida en el *screen* poco pacífico del país de la cerveza y los cascos guerreros. La amplia cabellera del gran sabio produjo enorme expectación en el estudio donde los más célebres actores de Hollywood se congregaron. Einstein mostró grandes deseos de conocer a Mary Pickford y Chaplin. Felicitó a los jóvenes actores Lew Ayres y María Alba, y en la tarde fué invitado a tomar el té en compañía de Papa Laemmle a casa de Chaplin. El gran descubridor entiende un poquito de la pantalla y de películas, y ¡cómo no, si ha introducido serias reformas en el mundo de las estrellas!

Tras las vacilaciones de las últimas semanas parece que la producción española continuará y se intensificará. Universal Pictures anuncia oficialmente que las películas filmadas por ellos han producido utilidades apreciables y que en el mes de abril reanudarán sus actividades el departamento español del estudio. Paramount, Fox y Columbia también declaran que sus películas, sobre todo aquellas que se filmaron en Hollywood, han tenido una venta magnífica.

Pero a pesar del éxito económico los productores reconocen que sus películas han sido duramente golpeadas por la crítica y friamente recibidas por el público, así es que piensan informar sus futuras actividades con todas las sugerencias constructivas y acertadas que se les han hecho.

Factores muy complejos determinaron la fría actitud de Hispanoamérica. En primer lugar, el temor de perder definitivamente a sus estrellas favoritas, de ver a una Greta Garbo y a un William Powell reemplazados por Carmen Guerrero y Ramón Pereda. El público no va al cine atraído por la obra y el director, sino por la estrella y los actores. En esto no diferimos de los yanquis.

En segundo lugar, la pobreza de nuestros intérpretes. Mucho tiempo ha de pasar antes de que contemos como actores y autores comparables a los americanos, alemanes y franceses. Nuestro teatro no puede darlos, porque ni los ha tenido ni los tiene. Contamos con un Borrás y un Morano, ya septuagenarios, con Margarita Xirgu y Camila Quiroga, artísticamente concluidas. Lo demás son «camellos», productos del elogio necio, o actores en formación. Resumiendo mis experiencias diré que en los últimos tiempos, cuando estaba en París, iba diariamente al teatro, y en Madrid no asistía a él casi nunca. Fuera del teatro, entre los llamados «películeros», aquellos que sin más acervo artístico que sus deseos o su figura tomaron parte en las primeras películas no sólo no han ninguna revelación artística, sino la más absoluta carencia de posibilidades. La mayor parte no han educado sus facultades ni tienen aptitud alguna. Si a veces puede tacharse a los actores del cine, que antes pertenecieron al teatro, de amane-rados o declamadores, los otros ignoran las reglas elementales de la elocución, no saben «decir», carecen en absoluto de emoción en su manera de expresarse, se mueven en la escena como Dios los ayuda. Hoy que Holly-

wood dispone de mejores elementos que en los días de la iniciación están condenados sin remedio al papel poco airoso de comparsas.

En tercer lugar la mala selección de las obras, el sistema de adaptar las películas americanas como único molde en que vaciar nuestro espíritu e imaginación. La adaptación fué un paso importante hacia la filmación de la «película española». Hoy parece definitivamente superado. Las obras americanas de costumbres y corte local no pueden filmarse con nuestros actores sin que se deformen y degeneren. Recuerdo haber escrito una vez que esto equivale a presentar corridas de toros con elementos yanquis. A la «españolada» de ayer ha sucedido la «americanada» de hoy. Sólo que el agudo sentido crítico de la raza no le permite tolerar lo que aquí se aplaudía como auténticamente español. Ni el «gangsterismo y los holdups», válvulas de escape de las fogosidades y sentido dramático de la vida yanqui, ni la libertad sexual de que se hacen eco las muchachas de algunas películas—«A Free Soul» es un ejemplo incontrovertible—ni la delectación en lo pueril e ingenuo, tienen acogida favorable más allá del Río Grande. Por inteligente que sea el adaptador, estos temas no deben aceptarse sin muchas reservas. Hacer «películas en español» no es hacer «películas españolas».

En cuarto lugar, la mayor parte de la opinión hispanoamericana está de acuerdo en que se debe eliminar el diálogo hasta donde sea posible. Mientras el micrófono no reproduzca perfectamente las inflexiones más delicadas de la voz humana y mientras la intensidad de ésta no sea perfectamente proporcional al cambio de los planos ópticos, no debe abusarse del diálogo por bueno que sea el actor y atildado el escritor. Además el público pide insistentemente comedias musicales, operetas o revistas, en las que alternen la voz de cantantes famosos con los coros perfectamente bien entrenados y el lujo escénico. Estos dos últimos puntos, en que por rara casualidad coinciden cuantos escriben gacetas cinematográficas, merecen verse a la luz de la producción americana. A las obras musicales que caracterizaron el nacimiento de la película parlante han sucedido las comedias casi íntegramente dialogadas. Las primeras tienen un costo elevadísimo y caen fácilmente en la pobreza y monotonía. También son excesivamente caras las películas de poco diálogo, ya que sólo con la ayuda de decorados variados y enormes y el concurso de grandes masas humanas puede sostenerse el interés de la obra. «Marruecos» es un ejemplo clarísimo. Por otra parte no disponemos de directores, autores y estrellas capaces de lanzarse diariamente a tamañas empresas.

Ernesto Vilches ha firmado ya los contratos necesarios para filmar sus películas independientemente de los estudios americanos. Se realizan así las esperanzas que trajeron a Vilches por estas tierras y los proyectos expuestos por él mismo en sus artículos para «Cine Mundial» y «La Prensa», de Buenos Aires. La crítica que Vilches ha hecho de los demás y de las películas, ha sido bastante acertada. Pero ha tenido menos éxito al juzgarse a sí mismo, ya que se cree capaz de filmar la parte de Sullivan en la conocida obra «El comediante». Sullivan es un apuesto actor de treinta a cuarenta años, capaz de enamorar a las muchachas románticas sólo con su figura y actitudes varoniles y prestantes. Vilches carece en absoluto del tipo de Sullivan. Está achacoso, viejo y muy gastado. Sin trabajo y con muy ligera caracterización pudo hacer «Cascarrabias». Sólo un milagro le permitirá encarnar aceptablemente a Sullivan. Tenemos, sin embargo, confianza en Vilches. ¡Valen tan poco los demás!...

A su lado trabajará Barry Norton, de quien Vilches necesita para engañar al elemento femenino, y cuyo nombre es siempre atracción de taquilla. Angelita Benítez, Soriano Viosca y Manuel Arbó, antiguos compañeros de Vilches. María Calvo, a quien se ha señalado un papel muy importante y que será otra atracción de taquilla, ya que tiene muy buen nombre y gusta muchísimo en papeles cómicos.

LAS ÚLTIMAS VÍCTIMAS

FRIEDRICH W. MURNAU

VUELVE la cinematografía a atravesar días de luto, agitando con aquel frenesí desconsolador del traspaso al otro mundo de sus héroes del deber y de sus mártires.

Entre las últimas víctimas, señalamos hoy, con honda pena, la del que fué en vida Friedrich W. Murnau, realizador laborioso, culto, a quien tanto debe la cinematografía universal.

Si en el mundo de las mentalidades y en el inventario de los léxicos, no existiera para estas glorias del film, los adjetivos y las ideas de «Rememberes», «In memoriam», agradecimientos y alabanzas, habría que haberlas inventado para tributarlas a este insigne director, espejo de actividad, amor y celo desplegado en favor del séptimo arte, para el cual ha aportado una página gloriosa digna de figurar entre la galería de famosas personalidades del cine mundial.

El ilustre autor de «Amanecer», nació en Heidelberg (Alemania) en 1899. Hizo sus estudios en la Universidad de Heidelberg, donde recibió la investidura y la graduación de doctor en Filosofía. La afición por el drama se despertó en Murnau cuando era estudiante. Amigo de Max Reinhardt, aprendió bajo su dirección el difícil arte escenográfico, y hasta alboró y devino artista, al representar el papel de rey en «El milagro». Trabajaba en la misma compañía y en esta misma obra el que más tarde no tardara en ser preeminente director y su compañero en la cinematografía alemana, el inteligente Ernest Lubitsch.

La estatura elevada de Murnau, algo más de seis pies, fué motivo de ser llamado a servir en la Guardia de Potsdam, regimiento favorito del Kaiser, y para el cual hay que pasar de aquella altura.

Durante la guerra mundial entró en el cuerpo de la Aviación, donde se distinguió por el valor demostrado en aquellos días de luto.

Después del armisticio fué comisionado para emprender y dirigir un penoso viaje con una expedición oceanográfica a las Islas Canarias, pero no llegó a ir, pues prefirió aceptar la oferta de una casa alemana, para dirigir películas.

Su primera producción filmica fué «Satanás», rodada en 1920 por la Ufa y era una fantasía basada en las maquinaciones del demonio a través de las edades.

La obra siguiente fué «La cabeza de Jano», sacada de la novela «El Dr. Jekyll and Mr. Hyde» de Robert Louis Stevenson. También hizo la versión de «Drácula» la sensación de Inglaterra y la comedia «Las finanzas del Gran Duque», si bien la comedia no encajaba en las obras que dirigía.

Poco después vino «El último» («Der letzte Mann») creación de Jannings para la misma Ufa, con la que coronó su fama y sus prestigios; en espera de la llegada de «Fausto», adaptación del admirable poema del inmortal Goethe.

Murnau dejó su inmensa labor realizada en los estudios germanos y cruzó el Atlántico, contratado por el poderoso magnate William Fox. Durante los siete meses que estuvo en América dirigiendo su primera cinta «Amanecer», hizo algunos descubrimientos importantes relacionados con la vida y los métodos americanos.

«La cinematografía es una nueva forma de arte—decía—completamente distinta del drama y de la novela y necesita nuevos materiales sacados de su propia substancia. El entusiasmo de la juventud es, no sólo necesario, sino imprescindible para esta juvenil expresión de arte.

«Yo aprecio el espíritu de cooperación de Hollywood. Cuando yo llegué a los Estados Unidos Mr. Fox prometió que me dejaría trabajar en absoluta libertad y cumplió su promesa. Todo el mundo ayudó, desde el más humilde trabajador hasta el cuartel general más elevado de la organización Fox.

«Hollywood es realmente la capital internacional cinematográfica. La naturaleza le ha dado bellos y variados paisajes, una variedad de vida que no puede ser encontrada en ningún otro sitio, unos amaneceres y puestas de sol maravillosos y un azul de mar y unas maravillas escénicas naturales en un radio de cien millas, únicas en el mundo.»

Un símbolo de gloria y una estela luminosa de sus características de triunfador de la «mise en scène» fué «Amanecer», de cuya película el notable dibujante Henry Raleigh ha dicho que es la película que hace del cinematógrafo un arte.

«Es la primera que yo acepto—agrega—. Es música, pintura, escultura y drama, y es formidable.

«Bellamente interpretada, artística, y sin hacerme notar que era mecánica.

«Felicitaciones. Sinceramente (firmado) Henry Raleigh.»

Ultimada su primera cinta, el celebrado Murnau salió para Europa, siendo admirablemente recibido, ofreciéndole banquetes en su honor en Londres, París y Berlín. Antes de volver a Hollywood, en octubre de 1927 hizo una película en Alemania y después empezó a trabajar bajo su contrato de cinco años con Fox Film.

En la actuación de director de «Los cuatro diablos» y «El pan nuestro de cada día» continuó siendo profundamente el hombre de tanta valía del cinema, frente a las cuales hallamos siempre aquella sensación inefable de autor más que de dirigente, de un vidente prodigioso de la estética, de un creador predestinado que parece vivir en un mundo superior, y de un artesano de la pantalla.

En la vida extracineamatográfica, el nombre de Murnau representaba el de uno de los hombres más cultos de Europa y estaba en amistosas relaciones con los cerebros representativos de nuestra época, como Bernard Shaw, Henri Bernstein, Mernez Molnar, Ger-

hart Hauptmann, Hermann Sudermann y otros.

Y cayó el genio creador de «Amanecer» herido por la traidora y mortal saeta de la Pálida.

Cayó bajo el mismo cielo sereno y azul de Hollywood, con la visión de nuevos planes en el camino aureolado de luz triunfadora y con la perspectiva del amanecer del film hablado, para esperar el paso a la memoria eterna: allí donde la selección de las glorias artísticas se hace superior a lo efímero y accidental.

De la vida y la obra de Murnau no queremos hablar más, después de haber expuesto en este y otros artículos cuanto precisaba decir, pues lo dejamos al crisol del tiempo y a la serenidad de nuestros nietos.

Escrito el presente recuerdo dedicado a Murnau hallamos entre las páginas necrológicas de nuestro carnet, una lista de las víctimas caídas en el curso de un par de meses.

Se fueron y nos dejaron también Lupu Pick, otro realizador germano; Ethel Grey Terry, intérprete de «Una esposa leal» y «Lo que las esposas quieren»; Amelia Muñoz, española fallecida en el bello sonreír de una juventud florida; Luis Wolheim, el «feo» de Hollywood, creador del cabo bonachón de «Sin novedad en el frente»; Silvain y Georges Dalleu, dos perfectos artistas de la cinematografía francesa; Adolfo Bernaldez y Orozco, dos nombres conocidos de la pantalla hispana, y sigue la racha...

¡Todos perdidos y para infortunio del arte, arrancada la vida de aquellos seres que tanto habían trabajado por el bien del cinematógrafo!

JESÚS ALSINA

NOTICIARIO

La película del famoso Al Capone

WR. BURNETT, autor de «El pequeño César», «Iron Man» y otros éxitos, ha sido contratado por Howard Hughes para trabajar en la adaptación de «Scarface» la película sensacional basada en la vida del famoso Al Capone que Howard prepara para llevar en breve a realización.

«Scarface» de Armitage Trail es una narración realista y emocionante del pistolero americano. El productor Hughes promete una interesantísima versión cinematográfica de la novela.

Howard Hughes, como recordarán nuestros lectores, nos dió anteriormente «Ángeles del Infierno», la magna epopeya de la aviación, y «The Front Page» («La primera página») el film del periodismo moderno en el cual Adolphe Menjou tiene un importante papel que debía interpretar el malogrado Luis Wolheim.

Lubitsch completa su nueva película musical

Es una historia que sólo puede decirse con música. Así reza el último título de la película de Ernst Lubitsch «Monte Carlo», sucesora de «El desfile del amor».

Lubitsch fiscalizó totalmente la parte musical de la cinta, cuyo acompañamiento, original en todas sus partes, ha sido ejecutado por una orquesta de más de sesenta instrumentos. El director de la orquesta es Nat Finston, que a la vez es director general de la sección musical del estudio paramountista de Hollywood.

«Una de las razones de que «Monte Carlo» requiera acompañamiento musical es el sin número de contrastes que hay en las escenas de la obra, contrastes que se realizan maravillosamente mediante la música y el diálogo. Hay veces en que la situación se hace más comprensible mediante la música que por el diálogo, a causa de la plasticidad de las notas y de la facilidad con que crean estados emocionales.» Así se expresa el propio Lubitsch.

Jeanette Mac Donald, la estrella de «El desfile del amor», actúa también con papel principal en «Monte Carlo». Con ella colaboran Jack Buchanan, Zasu Pitts y Claude Allister.



LECHE INNOXA

Limpia, suaviza y nutre el cutis. Indispensable a las señoras que utilizan polvos, coloretes y fards.

Untese la cara por la mañana y noche con un algodón empapado en

LABORATORIOS
INNOXA
• PARIS •

LECHE INNOXA

PANTALLAS DE BARCELONA

ESTRENOS

Fantasía: "El embrujo de Sevilla"

SEVILLA. «Cante jondo», toros, bailes gitanos, mujeres guapas. En suma: Española. Pero Española de buena ley. Sin ridiculeces ni exageraciones. Sin las chabacanías que acostumbramos a ver en los films de ambiente andaluz. Este es, a nuestro entender, el mayor acierto del director Benito Perojo en este film.

La primera mitad de la película está realizada con pasmosa riqueza plástica y fidelidad. Tipos y ambiente son reflejo real de la vida sevillana, pero cuando la acción penetra en los dominios dramáticos, la dirección vacila y el desarrollo cinematográfico se resiente, a pesar de los destacados esfuerzos que revela.

La interpretación es excelente. María d'Al-

baicín resulta una gitanaza y, además, vampíresa, pero como buena española, una vampíresa sentimental. Le siguen en méritos González Merino, María Fernanda Ladrón de Guevara, María Luz Callejo y Rivelles.

La realización fotográfica y el aspecto escénico son de primer orden, como nos tiene ya acostumbrados la editora que con «El negro que tenía el alma blanca» inició esta serie de grandes producciones en español.

Cataluña: "Un drama en la nieve"

Dos películas se estrenaron el lunes en este salón, con buena fortuna: «Un vals en sleeping car» y «Un drama en la nieve», esta última de más enjundia, de fotografía más limpia y nítida, de emoción argumental más pura.

«Un vals en sleeping car» es una comedia

frívola, de finísima factura, enmarcada en Viena. Dentro de su género es un buen hallazgo, sin sobrepasar el tono corriente de esta clase de films.

«Un drama en la nieve» posee el supremo encanto de la Naturaleza desnuda, sin artificios de estudio y la emotividad de las documentales bien realizadas.

Hay en esta cinta una serie de escenas deportivas plenamente logradas. En ellas se luce, sobre todo, Lois Trenker, campeón mundial de «skis». En la parte dramática resalta el arte y la belleza de Mary Glory, actriz de fina sensibilidad.

Ya hemos dicho que la fotografía es perfectamente nítida y de finas calidades artísticas.

Ambas películas pertenecen a Febrer y Blay, sus distribuidores, y lograrán—esta última, sobre todo—un éxito.

GAZEL

Un film de arte: "Liliom"

(Continuación de las págs. 2 y 3)

H. B. Warner, el actor tan conocido por sus interpretaciones siempre intachables, encarna el «Gran Magistrado» con la seriedad y

distinción que le son peculiares, dando una vez más muestra de su arte verdadero en este role tanto más difícil cuanto es un personaje irreal, imaginativo, en el que no pueden palpar pasiones ni los sentimientos pueden dejar huella.

«Liliom», reuniendo todos estos elementos de valor indiscutible, constituye una de las producciones más perfectas en todos sus detalles y de más sugestivo interés de las que la Fox Movietone tiene para la presente temporada.

Realizadores del cinema

(Continuación de la pág. 10)

cualquiera de Eisenstein. Es lo mejor que se ha hecho en todo el mundo.

—¿Ha visto usted alguna producción española?

—No, y créame que lo siento mucho. Pero pienso conocerlas pronto. Apenas acabe «Lo mejor es reír», haré un viaje a España.

—¿Qué hace falta para crear un film perfecto en nuestro idioma?

—Antes que nada, que tenga todo su ambiente.

—¿Cuántos ha rodado ya, en Joinville?

—Tres.

—¿La emoción más grande de su vida?

—El desastre de la guerra mundial, en la que fui oficial austriaco.

—¿Y su mayor alegría?

—Me la proporcionó el primer éxito, obtenido con «Flitternochen».

—¿Cuántos metros de película suelen estropearse en la realización de un film?

—Alrededor de treinta mil.

—¿Cree usted en el triunfo definitivo del cine hablado?

—Creo que aún necesita bastante tiempo...

Callamos un momento. El automóvil se pierde por un laberinto de calles estrechas, y aparece de pronto en la Place Pigalle. Ante el «Pigall's Tabac» se detiene. Nos apeamos, y él, con una sonrisa encantadora, estrecha fuertemente mi diestra, diciéndome en un francés muy gracioso:

—Hasta mañana...

Vida y aventura de Marie Dressler

(Continuación de la pág. 11.)

camión y de cuatro o cinco cómicos de la legua. Douglas Fairbanks se contentaba muchas veces con un almuerzo de manzanas y naranjas obsequiadas por los hortelanos de Hollywood.

En esta vida dura se sostuvo Soledad durante muchos años. Ya de «extra», ya haciendo pequeñas partes filmó más de cien películas. En «El ladrón de Bagdad», «Rosita», «El pirata negro», «Los amores de Carmen», «Ramona», «Los cuatro jinetes», y otras películas tan conocidas como esas, Soledad tuvo actuación destacada.

Pero el cine silencioso no favoreció tanto a Soledad como el parlante. Su gran éxito lo constituyeron los «talkies». En «Old Arizona» («En la vieja Arizona») y «Cook Eyed World» («El mundo al revés»). En la primera película Warner Baxter desaparece al lado de la formidable Soledad. Cuando esta cinta se exhibió en el estudio todas las carcajadas eran producidas por las palabras y las apariciones de ella. Beaton me contaba un día que sin entender las frases de ella (algunas eran habladas en español) se había reído como nunca. A través del trabajo de Soledad comprendió Beaton que el cine parlante se llevaría la victoria definitiva.

El mismo éxito extraordinario tuvo Soledad en «Cook Eyed World» con Víctor McLaglen, Lily Damita y Edmund Lowe. Y por cierto que nadie sufrió las amarguras ni tuvo los aplausos que ella el día que la película se estrenó en el famoso «Chinese» de Grauman. Fox había llamado a Soledad esa mañana para darle un papel en «El Romance de Río Grande». Cuando Soledad fué al estudio y pidió setecientos dólares semanales se rió el director y le ofreció cien.

—Mira Soledad—le dijo—hace muchos años que te conozco para que consigas cobrar tanto. Sabemos que siempre estás necesitada de dinero y que trabajarás indudablemente por cien aunque tu parte

valga más de mil dólares.

Soledad regresó a su casa fuera de sí, presa de frenética indignación. Le dió un ataque de nervios y cuando trataron de darle un antipasmódico se incorporó fieramente y gritó: «Si lo que necesito no son medicinas sino los puños de Uzdun para abofetear a la Fox!»

Poco tiempo después recibió las invitaciones para asistir al lujoso estreno. Soledad no estaba en la más favorable disposición de ánimo y además pensó: «No vale la pena asistir; dejaría sin lavar diez o doce platos y mañana temprano tengo que ir al mercado.» Y no se movió de su casa. Pero a las once de la noche los representantes de la Fox la vinieron a buscar apresurada-

mente. El público, todo formado por estrellas, directores y críticos, pedía la presencia de Soledad en medio de una tempestad de aplausos.

Primera actriz que comprendió al cine parlante, pensaba y piensa, que lo fundamental es la acción y que la palabra sólo debe subrayarla y completar el gesto y el movimiento. Desde esa noche cambió la vida de Soledad. Alentada por todo el mundo consiguió un magnífico sueldo y las consideraciones a que tenía derecho. Posteriormente ha filmado también películas en español y pronto la aplaudirá nuestro público en «Resurrección», con Lupe Vélez, Faust Rocha y Gilbert Roland.

F. R.

María Calvo habla de su entrada en el cinema

(Continuación de la pág. 16)

emoción de la raza, tendiéndose desde los violines de la orquesta, llena todo el salón de luz, de hervor y de entusiasmo.

—Sí, somos un solo pueblo y un solo corazón—dice María Calvo al ver igualmente emocionados y alegres a los peninsulares y a los hispanoamericanos—. Cuando filmamos «Sevilla de mis amores» pude apreciar la buena voluntad de ustedes hacia los españoles. De Ramón Novarro, especialmente, tengo buenos recuerdos. ¡Es tan amable siempre!

—¿Le gusta la dirección de Novarro?

—Muchísimo. Conoce muy bien los secretos

del cine. Tanto la técnica como los gustos del público, y además, tiene una paciencia y tenacidad admirables para guiar a los actores que dan sus primeros pasos. Rosita Ballesteros le debe mucha parte del éxito que tuvo. Ramón se dedicó a enseñarle cuanto sabe de movimientos, posiciones y formas de expresión, y como la chica es muy lista, aprendió pronto y bien.

—¿Está filmando alguna película, María?

—No; he trabajado en trece cintas y hace algunas semanas que no puedo rebasar el número de las brujas. Y como dicen que nuestras películas no gustan, estamos todos un poco desorientados.

Al llegar a este punto la conversación interesa a todos. Hasta Federico García Sánchez, muy ocupado en coleccionar anécdotas

para sus charlas, presta atención a los que discutimos sobre el porvenir del cine. María Calvo es la que menos se preocupa. Espera seguir trabajando si la producción continúa. En caso contrario, volverá a su vida anterior. Pero lo que María vale no necesita comentario. Allí están «La voluntad del muerto», «Gente alegre», «Sevilla de mis amores», «El Código Penal», «Carne de cabaret», «El valiente», «Del mismo barro», «Estrellados», «El cuerpo del delito», «Amor audaz», «Sombras de gloria», «Charros, gauchos y manolitas» y «El alma de la fiesta». Muchas de ellas son películas muy malas, pero el trabajo de María Calvo ha merecido aplausos a cuantos las han visto.

FERNANDO RONDÓN

Rodolfo se acercó a él con paso rápido y decidido.
—Majestad, no sabía, no podía suponer...
Y miró fijamente al sargento.
—Voy a por qué me saluda ahora?—añadió Rodolfo con acento burlón.—No entiendo a qué viene todo esto.
—Voy a por qué me saluda ahora?—añadió Rodolfo con acento burlón.—No entiendo a qué viene todo esto.
mejor al hombre que le interpelaba.
Dando casi un brinco sobre su caballo, el sargento, pues lo era quien le detuvo, se inclinó sobre la silla para ver a Rodolfo.
—¿Qué me quiere?
—Habla usted con mucho imperio—añadió con des-
guarida llegaba a cuatro pasos de él.
—¿Qué hay? ¿Qué quiere usted?—preguntó cuando el ella para ganar la partida.
Si era necesario jugar su última carta, se serviría de Luego se irguó con dignidad y esperó.
día salvarlo aquella vez. Rodolfo se detuvo y se volvió como sorprendido.
Resistir sería peor. La serenidad, y no la fuerza, po-
—¡Alto!
porque el guardia gritó:
perseguía le había visto correr. Su temor no era vano, explicaba el partido que creyó deber tomar. Quizá el que le La situación de Rodolfo Rassenayll era crítica, y esto rechura hacia él.
Al volverse vio que uno de los guardias se dirigía en de- En aquel instante oyó pisadas de caballo detrás de él. za con el Rey le comprometía.
contrar refugio antes de que amaneciera, pues su semejan- cara con la butanda y echó a andar despacio. Quería en- Dejó de correr, se encasquetó el sombrero, se cubrió la minutos no sabía donde estaba.
Rodolfo oyó aquellos silbidos y apretó a correr. Pero se encontró en un dedalo de callejuelas y al cabo de pocos tiempo pitaron en demanda de auxilio. Muchos otros pitos respondieron al de los que habían visto huir a varios hom- pres.

A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

las facciones de ninguna de ellas. Sin embargo, uno de los que se aproximaba, por la corpulencia, estatura y aspecto, parecía Bauer.

Si se trataba de él, le acompañaban dos amigos.

Obrando con prudencia, Rodolfo se alejó unos pasos de la puerta del número 19 y esperó oculto en la sombra.

Era evidente que Bauer, pues de él se trataba, había previsto dos soluciones: lo que esperaba, era encontrar a Rodolfo dentro de la casa; lo que temía era que Rodolfo, habiendo realizado su designio—que Bauer no adivinaba—hubiese salido ya, sano y salvo, de la casa.

Llevaba dos garrapanes, los cuales, en el primer caso, recibirían diez coronas y cumplirían lo que les tocaba hacer. En el segundo caso, con cinco coronas podían irse tranquilamente a sus respectivas casas sin haberse molestado y sin causar el menor daño.

Lo que debían hacer entre los tres lo decían los garrotes que llevaban los acompañantes y el largo cuchillo que empuñaba Bauer.

Pero ni a éste ni a aquéllos se les ocurrió que Rodolfo acechaba y que, en vez de ser sorprendido, podía sorprender.

Es muy probable, sin embargo, que tal imposición no contuviera a los dos canallas, pues es sabido que lo único que temen éstos es la intervención de la policía en sus asuntos; lo que les puede hacer el contrario, la muerte que puede darles el que tratan de asesinar, lo consideran como un riesgo inherente a su profesión.

Aquí está la casa—murmuró Bauer deteniéndose de pronto.

—Voy a llamar, si sale le matáis. Tiene un revólver; no perdáis, pues, ni un segundo. ¡Duro y a la cabeza!

—No le daremos tiempo para disparar.

—¿Y si ha salido?—preguntó el otro jarpán.

—En tal caso ya sé dónde habrá ido—respondió Bauer.

Y añadió en seguida:

—¿Estáis prontos?

Diciendo esto Rodolfo sacó una moneda de oro del bolsillo.
—Así es. Por consiguiente, no puede usted haberlo visto.
Y sonrió francamente.
balleo.
—Veo que, en efecto, es imposible que esté aquí, ca- El sargento estaba ya seguro de comprender.
—Es, pues, materialmente, que esté aquí.
—¡Ah!
—No. Está en Zenda.
—¿No está en Streisau?
añadió Rodolfo.
—Comprenda: el Rey no está siquiera en Streisau—Una sonrisa de duda asomó bajo el bigote del sargento en persona.
vía a nadie que se pareciera al Rey y mucho menos al Rey cación. Y en caso de ser preguntado, respondería que no dalgó y cuidaría de no contar a nadie su ridícula equivo-
—En un caso como este, el oficial dejaría en paz al hi- hablaba.
El guardia no respondió y continuó mirando al que le usted bien, sargento?
que nadie creyera que aquí se encuentra. ¿Comprende suyo, porque no estando el Rey en Streisau, podría desear dalgó que no es el Rey. Esto podría redundar en daño meter un error más grave que tomar por el Rey a un hi-
—Pues bien, un oficial celoso, sargento, no puede co-
—Sí, caballero.
—Caballero, ¿querrá usted decir.
—¿Qué, Majestad?
—No. V...
—Usted no es...—balbuceó el soldado con asombro.
—Se engaña usted, amigo; no soy el Rey.
Rodolfo le miraba tranquilamente.
—Es que... ¿Acaso no es... Su Majestad?
—¿Por qué me llama Majestad?

R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

—Le han visto—murmuró, respirando apenas.

—Sin duda alguna.

Y añadió:

—No sé lo que daría por oír lo que van a decir al can- ciller cuando le despertarán dentro de uno o dos minutos.

Pero un minuto de reflexión le hizo comprender que, ante todo debía salvar la reputación de mi esposa.

Y dijo a ésta:

—Es necesario que mande levantar a uno de sus cria- dos para que vaya a casa del canceller y le diga que venga inmediatamente. No. Es mejor que le escriba. Dígame que el Rey ha venido para ver a Fritz, a quien había dado una cita para un asunto personal, y que el Rey desea ver en seguida al canceller. Añada que no se debe perder un ins- tante.

Helga le miró con asombro.

—¿No comprende, señora? Si puedo engañar a Hel- sing, podré imponer silencio a esas mujeres. Si no hacemos nada para evitarlo, dentro de un par de horas sabrá Strel- sau entero que la mujer de Fritz Tarlenheim ha hecho en- trar por la ventana de su casa al Rey a las cinco de la ma- drugada.

—No comprendo—respondió la pobre Helga, perpleja.

—No importa; pero haga por favor lo que le suplico; es la única esperanza de salvación.

—Lo haré—contestó.

Y escribió la carta.

Apenas acababa de contar la baronesa la rara historia al canceller, cuando éste recibió la orden imperiosa de ir a ver al Rey en casa de Fritz Tarlenheim.

En realidad habíamos desafiado hartamente la suerte llamando a Rodolfo Rassenayll a Streisau.

hallazgo. Persiguieron, pues, a los que huían, y al propio Como estaba sin sentido no pudo servirles de nada su yerta y encontraron a Bauer en el suelo.

La patrulla vio la dispersión del grupo y corrió hacia allí. Los que lo componían llegaron donde ocurrió la re-detuvo para escuchar.

Siendo Rodolfo calle abajo y al llegar a una travesía se diablo.

No hacía más que imitar a los dos perillanes que, de-espasmo, contra la autoridad legal. Lo mejor era huir.

La astucia de que se había valido contra los bandidos, calabozo mientras Rupertto haría lo que en gana le viniera.

Si le cogían, lo menos que podía temer era ir a parar al de la estación, aparecieron dos jinetes.

Se oían pisadas de caballos. En la calle, por el extremo perdurarios.

—¡La patrulla! ¡La patrulla!—murmuró uno de los turbadas sus reflexiones.

Rodolfo reflexionó un instante; pero de nuevo fueron dentro de la casa, pues podía recobrar la palatara.

Rodolfo no llamó. No sería prudente entrar a Bauer nada más.

El salto que dió le había salvado. La bala le rozó la parece proteger a la espuma de la humanidad.

ta del número 10. Pero en aquel momento Bauer largó un Diciendo esto Rodolfo se volvió para llamar a la puer-

reís que os coja la policía... ¡Andando!

—Coged a este truhán y llevadlo. Supongo que no que-

Su compañero miró estupefacto a Rodolfo.

—Es una atrocidad intentar semejante cosa por diez coronas.

Uno de los tunantes respondió como habiéndose a sí mismo.

R U P E R T O D E H E N T Z A U

A N T H O N Y H O P E

Los dos bandidos se colocaron a ambos lados de la puerta con los garrotes levantados.

Bauer alargó la mano para llamar.

Rodolfo sabía que Rischenheim estaba dentro y temió que Bauer, aprovechando la ausencia del desconocido—de él—aprovechase la ocasión para revelar su entrada al conde. Este diría el hecho a Rupertto de Hentzau y habría que empezar de nuevo.

El señor Rassendyll no reparaba jamás en la ventaja que podían tener sus adversarios sobre él; pero en aquella ocasión, podía creer que el revólver igualaba las fuerzas.

Lo cierto es que en el momento en que Bauer iba a llamar, salió de su escondite y se arrojó contra aquél.

El ataque fué tan vivo que los otros dos retrocedieron un paso.

Rodolfo cogió a Bauer por el cuello y furioso como estaba apretó de tal modo que el tunante creyó llegada su última hora.

Levantó entonces el brazo armado del cuchillo y Rassendyll tuvo que soltar su presa.

Pero Bauer le acometió de nuevo, gritando a sus ayudantes:

—¡Matadle de una vez!

Uno de ellos se precipitó para cumplir el mandato.

Rassendyll comprendió que no podía vacilar. A pesar del viento y la lluvia, era muy expuesto disparar; pero no disparar equivalía a morir.

Rodolfo tiró contra Bauer, el asesino trató de salvarse saltando; pero cayó pesadamente al suelo.

De nuevo retrocedieron los dos bandidos, asustados por la decisión del que atacaba.

Rassendyll soltó una carcajada. Un terno ahogado escapó a uno de los bandidos y dejó caer el brazo sin herir.

El otro miró asustado.

Entonces Rassendyll se arrancó el tapabocas y dijo:

—Parece que la cosa es más grave de lo que imaginábais.

damas sino hasta sus servidores le habían reconocido.

Rassendyll no podía escapar. No solamente las dos madre.

—¡Mira, hija, es el Rey!—exclamó en voz baja la Rodolfo estaba descubierta.

che era la suya.

ciller Helsing. La casa delante de la cual se detuvo el co-

El la conocía. Era una gran señora: la esposa del can-

Se detuvo de súbito. Sus ojos se habían fijado en Ro-

pondió la madre.

—Por unos días, quizá, hija mía, pero después...—res-

vantarme todos los días a esta hora.

—Que airecillo tan agradable mamá. Me gustaría le-

dijo:

Detuviéronse un instante en la acera y la más joven

linda.

una señora de mediana edad. Otra, una jovencita muy

Bajaron dos damas vestidas con traje de baile. Una era

Un lacayo bajó y abrió la portezuela.

un coche llegó y se detuvo a pocos pasos de él.

Estaba apenas a cincuenta metros de su casa cuando

Por fortuna, pudo pasar sin tropiezo. Estaba casi en

soldados de un cuartel cercano pudieran creer reconocerlo.

dirigió con paso rápido hacia su casa, pues temía que los

Libre de todo temor, Rodolfo atravesó una plaza, y se

encontrar un caballero... que no fuera el Rey.

Es indudable que todas las mañanas hubiese deseado

nieta.

V con un saludo respetuoso, se marchó por donde vi-

—Sin duda, caballero—respondió el sargento.

parte.

encontrado. Lo mejor que puede hacer, es buscar por otra

—Quedamos, pues, en que usted ha buscado; pero no

dadamente.

sillo y la puso en la mano del sargento, que la guardó cui-

A N T H O N Y H O P E

R U P E R T O D E H E N T Z A U

La fuga era imposible. Pasó por delante del grupo. Las damas hicieron una reverencia, los criados se inclinaron con la cabeza descubierta.

Rodolfo tocó ligeramente su sombrero al pasar. Se dirigió en derechura a mi casa. Le miraban y él lo sabía.

Maldijo de todo corazón la costumbre que tenían ciertas gentes de bailar hasta tan tarde; pero pensó que una visita a mi casa sería una excusa plausible.

Se adelantó, pues, atisbado por las señoras asombradas y por los criados, que se preguntaban con ganas de reír, qué motivo podía haber traído a Su Majestad en tal hora y en semejante estado—pues su ropa estaba calada y sus botas cubiertas de barro—a Strelsau, cuando todo el mundo le creía en Zenda.

Rodolfo llegó a mi casa. Sabiendo que le expiaban, llamó a la puerta y no a la ventana. ¡Lo que habría chismorreando en tal caso la excelente baronesa de Helsing! Menor escándalo produciría que le viera mi servidumbre. Pero ¡ay! hasta la misma virtud puede causar nuestra ruina.

Mi querida Helga, que estaba en vela y acechando, oyó los pasos de Rodolfo, abrió con precaución la ventana y asomando su linda cabeza, dijo en voz baja.

—Nada hay que temer. Entre.

El mal estaba hecho, pues la señora Helsing y sus criados contemplaban el raro espectáculo.

Rodolfo vio a los espectadores, y un instante después los vió asimismo Helga.

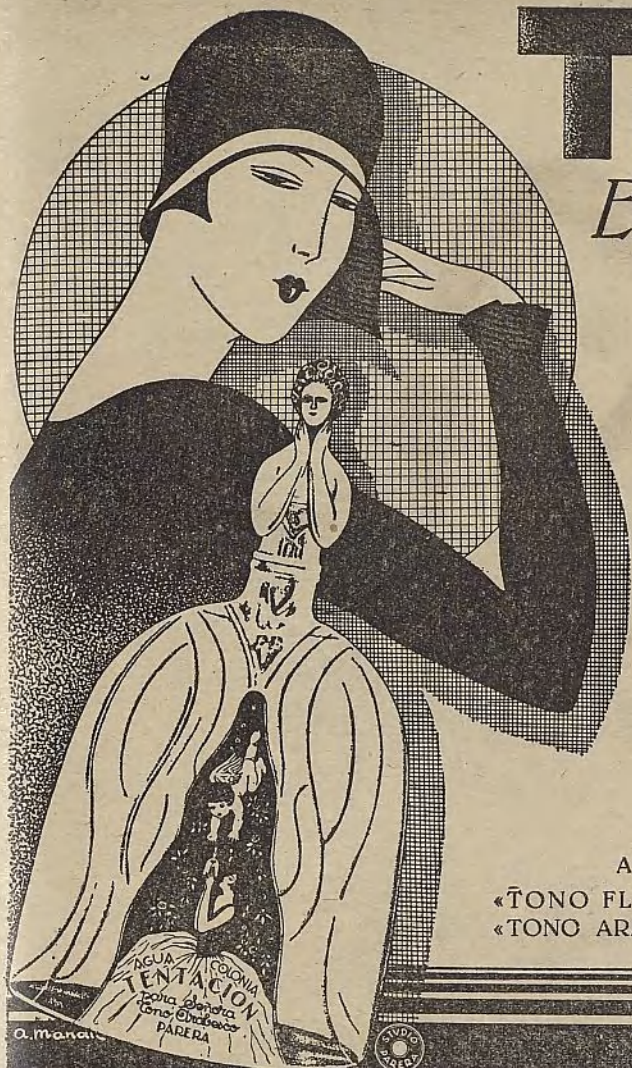
Candorosa y poco acostumbrada a dominar sus emociones, retrocedió lanzando un chillido de terror.

De nuevo volvió Rodolfo la cabeza.

Las damas se habían refugiado debajo de la marquesina; pero no por ello dejaban de mirar entre sus columnas.

—Tanto da ya que entre por aquí como por la puerta—pensó.

Sonreía alegremente cuando se acercó a Helga, pálida y aterrorizada.



TENTACION

EL PERFUME FEMENINO

APRISIONARSE

en una grata atmósfera llena de feminidad,
de gracia, de seducción.

DISTINGUIRSE

por este perfume tan característico de la
mujer moderna.

ADORNARSE

el tocador, no con un frasco más, sino con
esta preciosa joya que ha invadido los
«boudoirs» de la dama elegante.
¡Consígalo V.! Use en sus «toilettes»

“TENTACION”

AGUA COLONIA - LOCION - EXTRACTO

A dos perfumes:

«TONO FLORIDO»
«TONO ARABESCO»

Perfumería Parera
Badalona

Cuantos caballeros usen el perfume “VARÓN DANDY” deben tener muy en cuenta que
no se vende a granel. NO ADMITA USTED ENGAÑOS: EXIJA SIEMPRE “VARÓN
DANDY” embotellado, único legítimo y verdadero.

Publicidad La mejor realizada es la que se haga en **Popular Film**

PELUQUERÍA PARA SEÑORAS

ONDULACIÓN PERMANENTE

Completa 15 Ptas.

Realizada con los mejores aparatos
modernos, conocidos hasta la fecha

Establecimientos Dalmau Oliveres, S. A.

Ronda San Antonio, n.º 1 (Entrada por la Perfumería) - Teléfono 13754 - BARCELONA





Lilian Harvey
Henri Garat

